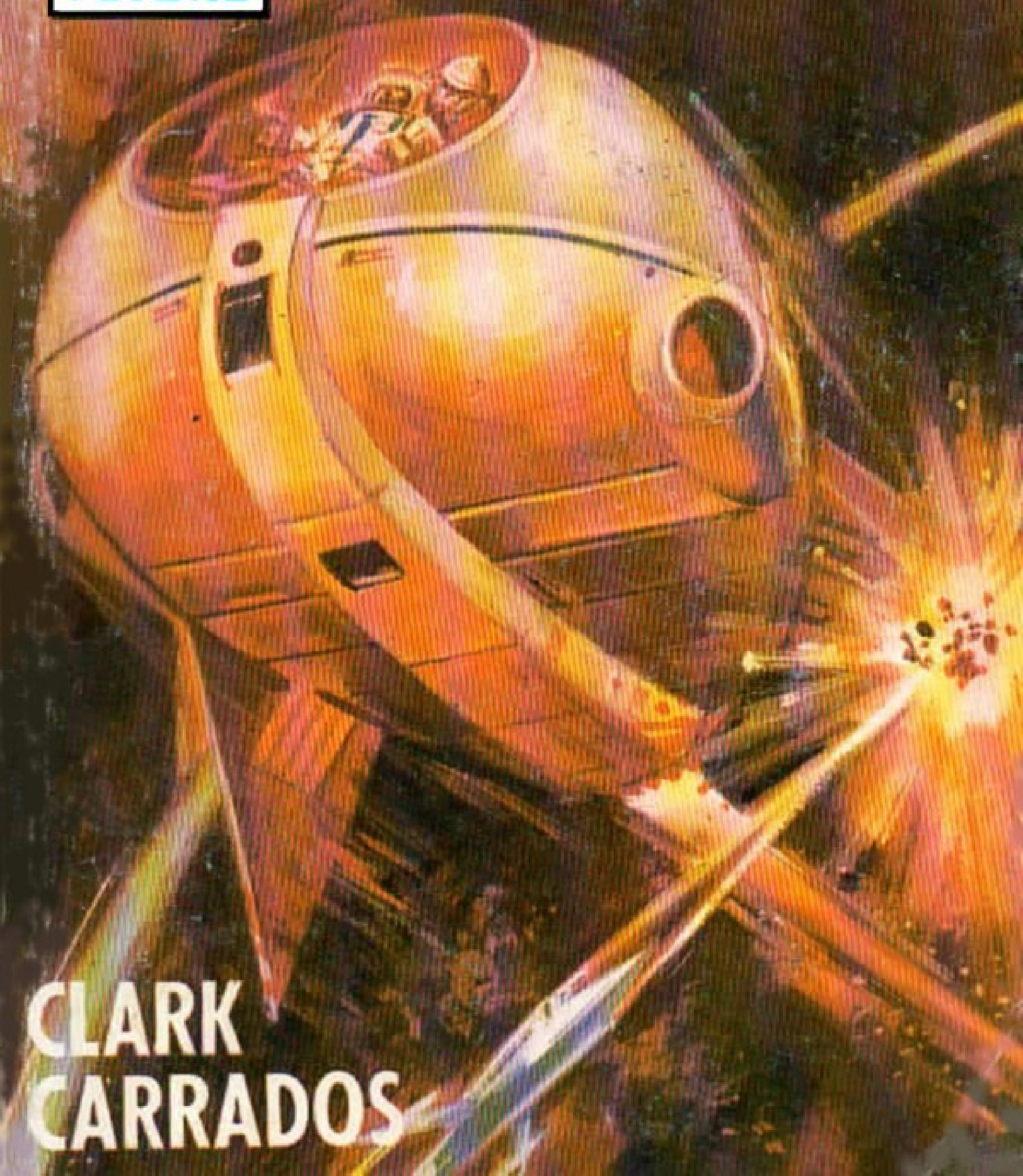
HEROES ESPACIO

BRUGUERA

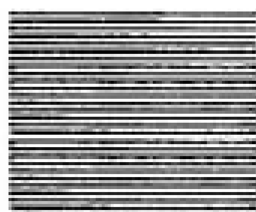
BOLSILIBROS

FUTURO

ESCALERA AL INFINITO

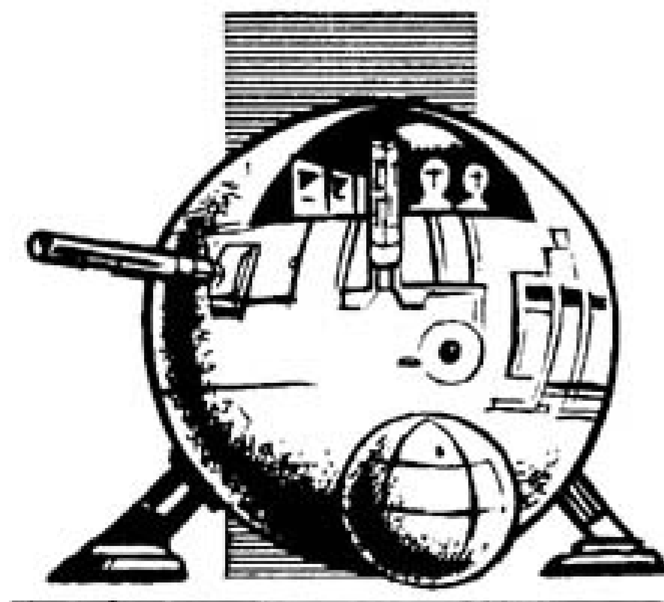


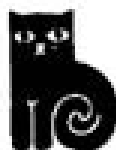
CLARK CARRADOS



héroes del

ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

168 — Las bucaneras del espacio, *Joseph Berna*.
169 — Los límites del espacio, *Law Space*.
170 — La nave maldita, *Lem Ryan*.
171 — Regreso a la Tierra, *Law Space*.
172 — Agujero cósmico, *Alex Simmons*.

Escalera al infinito

Colección
HÉROES DEL ESPACIO Nº 173
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 23.333 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición en España: agosto, 1983
1ª edición en América: febrero, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréts del Valles (N 152, Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer le despidió en la puerta de la casa con un cálido beso.

—Vuelve pronto, querido —dijo.

Athor Zoran contestó afirmativamente. Era una respuesta de labios para afuera. Ella era demasiado absorbente y no quería iniciar una relación basada en la desigualdad. Había oído rumores y había tenido ocasión sobrada de comprobarlo. Si volvía, ella le consideraría poco menos que como un esclavo y Zoran no sentía el menor deseo de encadenarse a una mujer que, por su fortuna, se creía con derecho a satisfacer el menor de sus caprichos.

—No soy un perrito faldero —gruñó para sí, mientras se alejaba a buen paso por la desierta avenida, iluminada de trecho en trecho por los faroles situados en los bordes de las aceras.

Era ya un poco tarde y el tránsito era prácticamente nulo. Una inoportuna avería en su automóvil había hecho que Zoran tuviese que emplear las cintas deslizantes hasta el lugar de la cita. La próxima estación se hallaba a cosa de un kilómetro y tenía que cubrir la distancia a pie.

Era algo que no le importaba demasiado, ya que así hacía algo de ejercicio. En los últimos tiempos, se dijo, sus músculos empezaban a oxidarse. Había trabajado demasiado y era hora que pensase un poco en sí mismo. No podía considerarse ni de lejos tan rico como la dama cuya compañía acababa de abandonar, pero tampoco necesitaba perder la salud trabajando para ganarse la vida.

Entretenido en sus reflexiones, no se dio cuenta de que una mujer caminaba a buen paso por delante de él hasta que, de pronto, oyó un grito sofocado.

Ella forcejeaba con un desconocido que pretendía arrebatarle algo que sujetaba fuertemente con las manos. En una fracción de segundo, Zoran pudo apreciar que se trataba de una joven de buena estatura, rubia, con el pelo largo y suelto, y vestida con ropas muy livianas, debido a la excelente temperatura de la noche.

De pronto, oyó ruido de ropas que se rasgaban y vio que la joven quedaba desnuda de la cintura para arriba. Ella volvió a gritar.

El atacante soltó una maldición. Zoran pensó que se trataba de un pervertido que pretendía abusar de la joven, aprovechándose de

la soledad del lugar. Pero muy pronto vio que se trataba de algo muy diferente.

Ella sujetaba con ambas manos lo que parecía un bolso de cuero. El sujeto pretendía quitárselo, pero sin duda había encontrado una inesperada resistencia y ello le había enfurecido.

La mano derecha del atacante se levantó para golpear a su víctima. Entonces fue cuando Zoran llegó dando grandes zancadas.

—¡Suéltala, miserable! —gritó.

El hombre se sobresaltó y ella aprovechó para soltarse, sin abandonar su bolso. Zoran cayó sobre el sujeto, dispuesto a darle una buena lección.

—Ahora verás... —gruñó.

El asaltante pareció reaccionar. Zoran pensó que iba a atacarle a él también, pero de repente ocurrió algo totalmente inesperado.

El individuo dio media vuelta y echó a correr. Avanzó una docena de metros y luego se elevó a las alturas como si fuese un pájaro, aunque sin alas, perdiéndose en la oscuridad de la noche antes de que el asombrado Zoran tuviese tiempo de reaccionar.

—Por todos los... Ese hombre vuela como las aves... —dijo, estupefacto.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, sin acabar de creer en lo que había visto. Después recordó a la joven y se volvió hacia ella.

La parte superior de su vestido aparecía completamente destrozada y la joven hacía visibles esfuerzos por cubrir un pecho de contornos muy atractivos. El bolso de cuero pendía de su hombro izquierdo y ella le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Le estoy muy reconocida, señor —dijo, con voz que a Zoran le pareció de campanillas de plata—. De no haber sido por su valiente intervención ese miserable...

—No tiene que preocuparse de nada, señorita —contestó él—. He podido ayudarla y eso me basta. Lamentablemente, sin embargo, no tengo vehículo propio y no puedo llevarla a su casa, como sería mi deseo.

—No importa. Yo vivo muy cerca —manifestó la joven.

—En tal caso, si me permite que la acompañe... A propósito, me llamo Athor Zoran.

—Soy Kryna Shi-ho —se presentó ella—. Ese sinvergüenza me ha

destrozado un vestido completamente nuevo —se lamentó.

—Pronto podrá cambiarse de ropa —sonrió Zoran, mientras echaba a andar junto a la muchacha, cuya edad calculó no era superior a los veinticinco años—. De todos modos, ha salvado su dinero, y eso creo es lo que importa.

—Sí, desde luego.

Kryna vivía muy cerca, efectivamente, y Zoran se despidió de ella antes de un par de minutos. Ella volvió a darle las gracias y después Zoran reanudó su interrumpido viaje de vuelta a su casa.

Como tenía cierto sentido del ridículo y Kryna tampoco había mencionado nada sobre el particular, no quiso comentar la extraña manera que el atacante había tenido de emprender la retirada. No quería que Kryna pensase que llevaba un par de copas de más en el cuerpo o que tenía ganas de burlarse de ella.

El ladrón había escapado corriendo.

«Debí ver visiones —se dijo—. No es posible que un hombre vuele como los pájaros, sin ayuda de algún chisme mecánico...»

Y una cosa era segura: el supuesto ladrón no usaba propulsor individual, artefacto por cierto escasamente divulgado todavía para los particulares a mediados del siglo XXI.

No, el hombre no había escapado volando, sino simplemente utilizando sus piernas.

* * *

Llegó a su apartamento poco después de las tres de la madrugada, un tanto excitado por los acontecimientos de que había sido protagonista, lo que le hizo ver que tardaría un rato en conciliar el sueño. A fin de tranquilizarse un poco, fue al baño y se dio una ducha tibia.

Luego, envuelto en una bata salió a la terraza, situada a unos noventa metros de altura. La noche era tranquila, todo estaba en calma y las luces de la ciudad resplandecían en una enorme extensión.

La temperatura era excelente. Durante unos minutos, Zoran estuvo disfrutando del panorama nocturno. Al fin notó relajamiento en su mente y pensó que era hora de tomarse un bien ganado descanso.

De pronto oyó un agudo grito de mujer:

—¡Mi marido!

Zoran respingó primero y luego sonrió para sí. En el apartamento contiguo vivía la casquivana señora Roff, muy hermosa y ardiente como pocas, pero también con menos sesos que un mosquito.

La señora Roff había intentado conquistarle en más de una ocasión. Zoran se había hecho siempre el distraído. No tenía ganas de entrar en conflicto con un vecino de temperamento fácilmente inflamable. Ello habría supuesto tener que abandonar su apartamento en el que vivía muy a gusto, y no sentía el menor deseo de cambiar de residencia.

Las terrazas estaban separadas por un espeso seto, que llegaba casi hasta el borde del parapeto. Zoran se situó tras el ramaje y procuró atisbar lo que pasaba al otro lado.

El hombre que estaba con la señora Roff soltó un enérgico reniego.

—Maldita sea, podías haberme dicho que estabas casada...

Ella contestó algo que Zoran no pudo escuchar. De pronto se oyó una voz de tonos apocalípticos:

—¡Dónde está ese canalla! —rugió el señor Roff.

Su esposa empezó a quejarse.

—Perdóname, querido. Ese hombre abusó de mi debilidad...

«Qué cara más dura», pensó Zoran.

—La culpa es mía —rezongó el amante de la señora Roff.

—¡Te mataré! —aulló el marido burlado.

—¡Y un cuerno! —contestó el otro—. ¡No, dos! —añadió sarcástico.

Zoran oyó ruido de golpes. «¿Cuál de los dos ganará la pelea?», se preguntó.

—¡Mi pistola! —bramó Roff.

—Esto se pone serio —murmuró Zoran para sí.

—¡Demonios, tiene un arma y todo! —gritó espantado el circunstancial amante de la señora Roff.

—¿Dónde, dónde está mi pistola? —gritó el esposo engañado.

—¡No, no te manches las manos de sangre, querido mío! Yo expiaré mis culpas... —sollozó la esposa infiel.

—Esto parece un melodrama barato —comentó Zoran a media voz.

—¡Espere! —gritó Roff—. Podemos arreglar la situación...

—¡Vaya! —dijo el amante—. De modo que se puede solucionar el

conflicto, ¿eh? ¿Con dinero?

—Hombre, hay modos de arreglar las cosas civilizadamente...

—Entonces lo que usted tiene en casa no es una esposa infiel, sino una zorra. Esto no es un apartamento: es un prostíbulo de una sola ramera —tronó el amante.

—¡No me insulte! —gritó el señor Roff.

—¡Váyase al diablo!

—Tendré que usar de veras la pistola...

—¿Sí, eh? Pues como no me eche un galgo...

El amante corrió bruscamente hacia la terraza y se puso de un salto sobre el parapeto. Zoran le vio volverse hacia el interior y ponerse el pulgar en la nariz, a la vez que sacaba a lengua en un significativo gesto de burla.

—Váyanse los dos a la...

Luego el sujeto se lanzó al vacío.

Zoran se sintió aterrado en el primer momento. Aquel tipo quería suicidarse.

Pero no era lo que pensaba. El hombre ascendió raudamente hacia las alturas y Zoran contempló su inexplicable vuelo, con la boca abierta.

—Otro hombre-pájaro sin alas —dijo.

Era la segunda vez que, en pocas horas, presenciaba un fenómeno inexplicable. Se preguntó si existía una nueva raza de seres que podían desafiar a la ley de la gravedad, como si fuesen pájaros.

El resplandor de las luces de la ciudad le permitió ver durante más tiempo al fugitivo. Pero súbitamente ocurrió algo inesperado.

El hombre se detuvo un instante en el aire, a unos cincuenta metros del punto de partida. Luego cayó a plomo.

Se oyó un horripilante alarido. Movido por una irrefrenable curiosidad, Zoran corrió al borde de la terraza y asomó medio cuerpo fuera.

El amante fugitivo descendía con creciente velocidad, envuelto en las notas de un espantoso chillido de pavor. Zoran lo vio caer y presenció el horrendo choque de su cuerpo contra el suelo, a noventa metros más abajo de su observatorio.

El espeluznante ruido del impacto hirió sus tímpanos un poco más tarde. Zoran sintió náuseas y tuvo que retirarse presurosamente

al cuarto de baño.

CAPÍTULO II

Tenía que hacer un regalo a cierta persona muy querida, con motivo de su cumpleaños, y entró en una joyería. Un atildado empleado le atendió con toda cortesía, y al cabo de unos minutos Zoran ya había elegido el obsequio.

Entonces, cuando se disponía a abonar el importe de su compra, vio una cara conocida.

Kryna Shi-ho entró y se dirigió al mostrador.

—Encargué arreglar el cierre de un medallón hace días —manifestó—. Tengo el resguardo...

Otro empleado atendió a la joven. Ella vestía ahora un traje de una sola pieza, de color blanco, que permitía admirar las líneas de una figura perfecta. El pelo, parecía su costumbre, quedaba largo y suelto sobre su espalda.

—Sí, señorita, ya tenemos arreglado el cierre de su medallón —contestó el empleado.

Zoran se acercó a la muchacha.

—Me reconoce, supongo —sonrió.

Ella se volvió y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Qué casualidad! ¿Cómo está usted, señor Zoran?

—Me gustan ciertas casualidades —dijo él—. ¿Se le ha pasado ya el... enojo?

—Sí, ya pasó todo. Gracias otra vez...

Zoran hizo un gesto con la mano.

—No tuvo importancia. Olvídelo —dijo.

El empleado vino con el medallón en las manos. Zoran apreció que era grande y muy bonito.

—El cierre funciona perfectamente, señorita. ¿Quiere comprobarlo usted misma?

—Sí, gracias.

Kryna hizo un par de pruebas y el empleado se dispuso a envolver el medallón. Entonces un hombre entró en la joyería, con una pistola en la mano.

—Quietos todos —ordenó—. Esto es un atraco y dispararé contra el primero que mueva una sola pestaña.

Kryna emitió un gritito de sorpresa. Los empleados levantaron las manos inmediatamente.

—No se mueva, Kryna —susurró Zoran.

Ella retrocedió y se pegó al joven instintivamente. El ladrón arrojó una bolsa de tela negra sobre el mostrador.

—Llénelo con todo lo que hay debajo de ese cristal —ordenó.

Dos empleados se apresuraron a cumplir la orden. Reinaba un silencio absoluto.

En menos de un minuto la bolsa quedó completamente llena de joyas. De pronto el atracador reparó en el medallón que, todavía sin envolver, había quedado sobre el mostrador.

—Ponga eso también —gruñó.

Kryna inició un ademán de protesta, pero Zoran la retuvo enérgicamente por un brazo.

—No se mueva —susurró—. Ningún bien material, por valioso que sea, merece perder la vida.

Ella pareció resignarse. Inmediatamente el ladrón retrocedió y alcanzó la puerta.

—Ya sé que alguien habrá hecho funcionar una alarma secreta. No me importa; de todos modos ningún maldito policía podrá alcanzarme. ¡Adiós, imbéciles!

El sujeto ganó la puerta y corrió unos pasos por la calle. Luego se elevó a las alturas, ascendiendo con enorme rapidez, hasta perderse de vista en pocos segundos.

—Otro hombre-pájaro —exclamó Zoran sin poder contenerse.

Miró a la muchacha.

—Siento lo que ha ocurrido, Kryna. ¿Puedo hacer algo para ayudarla?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, no importa —contestó, con voz de tonos que a Zoran sonaron extrañamente tranquilos.

Los empleados y el dueño de la joyería comentaban exaltadamente lo sucedido. En aquel momento, hicieron su aparición dos policías uniformados.

—Llegan demasiado tarde —dijo alguien amargamente.

Zoran asió con suavidad el brazo de la joven.

—Kryna, ¿ha visto usted lo mismo que yo?

Ella le dirigió una larga mirada.

—Me gustaría hablar con usted de este asunto, pero ahora me es imposible. Cuando nos dejen marchar, tendré que hacer algo que no puedo posponer un minuto más.

—En tal caso, nos veremos cuando le parezca, Kryna.

—Sí, Athor.

* * *

La campanilla sonó suavemente y Zoran se levantó para abrir la puerta. Kryna apareció en el umbral, sonriendo encantadoramente.

—¿Puedo pasar, Athor?

Zoran se apartó a un lado.

—Ésta es su casa —dijo.

Ella se ajustó maquinalmente la correa del bolso que pendía de su hombro izquierdo y entró en el apartamento.

—Lo siento, no me ha sido posible venir antes —dijo.

—No tiene que disculparse. Kryna —respondió él—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—¿Té?

—Claro.

Zoran tenía una dispensadora de alimentos sólidos y líquidos, y marcó té para dos. Al cabo de un minuto se sentó frente a su visitante, quien vestía de nuevo de la misma forma que en la joyería robada, dos días antes.

—Tengo que hacerle una pregunta. Athor —dijo Kryna momentos más tarde—. ¿Recuerda usted el hombre que quería quitarme el bolso?

—Bueno, traté de olvidarlo, porque llegué a pensar que había sido una ilusión mía. Aquel nombre no escapó volando, sino que huyó a la carrera... Usted, por otra parte, no había hecho ningún comentario sobre el particular y yo no quise que me tomase por un chiflado.

—Escapó volando, es cierto, lo mismo que el ladrón de la joyería.

—Eso lo vimos ambos, y también lo vieron otras muchas personas. ¿Qué sucede, Kryna? ¿Acaso existe una nueva raza de seres humanos que pueden moverse por los aires, como si fuesen pájaros?

—No anda usted muy descaminado, Athor —respondió la joven

—. ¿Sabe a qué me dedico yo?
—No tengo la menor idea —sonrió Zoran.
—Soy doctora en ciencias ultrapsíquicas.
Las cejas de Zoran se levantaron en el acto.
—Ciencias ultrapsíquicas —repitió.
—Exactamente —corroboró ella.
—Eso significaría… lo que hay más allá de la mente.
—Sí, eso significa.
—Y usted es doctora en una ciencia que, me parece, ha de ser sumamente compleja…
—Muy compleja, en efecto.
—Kryna, ¿qué hay más allá de la mente?
—Algo que produce escalofríos, Athor: un poder infinito.
Zoran se estremeció.
—Un poder infinito…
—Algo que ni siquiera podemos imaginar; algo realmente inconcebible, una fuerza que tanto puede ser constructiva como destruir al mundo, si se emplea para el mal —dijo Kryna enfáticamente.
—Un poder que existe más allá de la mente. La mente, esa cosa invisible e impalpable que nos permite soñar, pensar, concebir deseos y esperanzas y sentir amarguras y frustraciones…
—Así es, Athor. La ultramente es como un camino que puede conducir tanto al infinito del bien como del mal, una escalera que lleva a lugares que no tienen límites… y de ello ha tenido pruebas en un par de ocasiones, al menos.
—Sí, he visto a dos hombres escapar volando, sin aparatos de ninguna clase. ¡No, Kryna, espere! Son tres los nombres a quienes he visto volar.
—¿Tres? —preguntó ella, muy interesada.
—Sí, pero uno de ellos, no sé por qué, cayó desde más de cien metros de altura y se estrelló contra el suelo.
—A ver, Athor, cuénteme, se lo ruego —pidió la joven.
Zoran relató lo sucedido con el amante de la señora Roff. Al terminar, ella dijo:
—De modo que había escapado y, cuando ya estaba fuera del alcance del marido burlado, cayó al suelo y se mató.
—Así sucedió. Para más detalles, recuerdo su nombre

perfectamente: se llamaba Jory Darklan.

Kryna quedó silenciosa durante unos momentos. Luego dijo:

—No cabe duda. A Darklan le fallaron sus facultades.

—¿Cómo? —preguntó Zoran.

—En determinados casos se producen fallos de la mente. El cuerpo gana la batalla, si es que se puede definir de esta manera.

—No entiendo, Kryna —manifestó el joven.

—Los seres que poseen ultramente son capaces de cualquier cosa: volar por los aires sólo con desearlo, desplazarse instantáneamente a cualquier sitio, levantar masas pesadas sin necesidad de mover un solo dedo. Pero en ocasiones, y dependiendo lógicamente de cada individuo, se producen fallos, porque la parte material, digámoslo de esta forma, reclama sus derechos. Y el individuo vuelve a la normalidad.

—Si está en el aire, cae y se mata.

—Justamente eso es lo que le sucedió a Darklan —dijo

—De modo que hay personas que poseen una mente especial, una ultramente como usted dice. Pero, ¿de dónde provienen? ¿Son una raza distinta a la nuestra?

—No, en absoluto, ni tampoco han nacido fuera de la Tierra. Son terrestres, como usted y como yo.

—¿Entonces? —dijo el joven, desconcertado.

—Athor, ya le he dicho antes que soy doctora en ciencias ultrapsíquicas. Llevo estudiando estos fenómenos desde hace algún tiempo y he llegado a la conclusión de que esos sujetos que hemos visto volar, los que pueden moverse de un lado para otro sin necesidad de vehículos, no nacen así. Alguien los convierte en ultrahombres.

—Es decir, desarrolla sus poderes psíquicos normales…

—Así es, aunque, desde luego, me imagino que no todos pueden conseguirlo. El que, digamos, «fabrica» ultraseres, estudia bien a su paciente antes de entrenarlo para que consiga semejantes poderes.

—¿Sabe quién es esa persona?

Kryna hizo un gesto con las manos.

—No —contestó—. Llegué a sospechar de cierto personaje, pero murió el año pasado. Era el doctor Morbhiss. Lo asesinaron.

—Una muerte violenta.

—Sí, a manos de una mujer. Ella fue detenida pero consiguió

escapar y no ha vuelto a ser encontrada todavía.

—Por tanto, debemos descartar a Morbhiss como «fabricante» de personas con ultrapoderes.

—En efecto. De todos modos creo tener una pista.

—Eso es interesante —sonrió Zoran—. ¿Cuál es la pista?

—El ladrón de la joyería.

Zoran parpadeó.

—No ha sido posible su captura. Nadie sabe dónde está.

—Yo sí —contestó Kryna sorprendentemente.

—¿Habla en serio? —se asombró el joven.

—El medallón contiene un diminuto emisor de señales de radio, de una frecuencia determinada. Yo poseo el receptor correspondiente, Athor.

Zoran miró fijamente a su hermosa visitante.

—Kryna, apostaría doble contra sencillo a que ha venido a proponerme que busquemos al ladrón de las joyas —dijo.

—Sí —confirmó ella.

—Y encontrándole podremos saber quién le proporcionó esos fabulosos poderes, que le permiten volar como los pájaros.

—Creo que así sucederá, Athor.

Zoran se pellizcó el labio inferior pensativamente.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo al cabo de unos instantes.

—Hable, por favor —rogó ella.

—Esas personas con ultrapoderes… Casi lo de menos es que puedan volar, Kryna. Pero, ¿qué pasará si, como imagino, pueden penetrar en las mentes de las personas normales? Imagínese, un extraño adivinando sus pensamientos más íntimos…

—No, eso no es posible. Por extraño que parezca, los ultramentales, vamos a llamarlos así a partir de ahora, carecen de facultades telepáticas. Su mente les permite realizar hazañas prodigiosas, como hemos tenido ocasión de comprobar personalmente, pero les es imposible, de una forma absoluta, penetrar en el interior de otras mentes.

—Bueno, eso me deja un poco más tranquilo —sonrió Zoran—. No me haría ninguna gracia saber que mi vecino, por ejemplo, sepa lo que estoy pensando en un momento determinado.

—Por esa parte podemos sentirnos satisfechos —sonrió Kryna—.

Además, existe una posible y satisfactoria coincidencia.

—¿Cuál, por favor?

—Creo, aunque no estoy segura del todo, que el ladrón de la joyería es el mismo que intentó robarme el bolso la noche en que nos conocimos.

—¿De veras? —se asombró el joven.

—Sí. Mi bolso contenía documentos muy importantes. Athor, hace ya tiempo que vengo estudiando los fenómenos ultramentales y he registrado un gran número de casos. Alguien se enteró y trató de arrebatarme esos papeles.

—Para destruirlos y eliminar de este modo pruebas sumamente comprometedoras.

—En efecto, eso es lo que creo.

—Kryna, ¿hemos de sospechar que esa persona… es el «fabricante» de seres ultramentales?

—Mi respuesta es afirmativa… condicionalmente, es decir, sujeta a pruebas que lo demuestren.

—Y eso sólo podremos conseguirlo echando el guante al ladrón.

—Sí, Athor.

Hubo un instante de silencio. Luego Zoran volvió a hablar:

—Kryna, creo haberte oído decir que tienes un receptor de las señales que emite tu medallón.

—Efectivamente.

—¿Por qué instalaste el emisor en el medallón?

—El medallón guarda también la clave de apertura de una caja de alquiler de tipo especial, una clave nueva que ha surgido hace poco tiempo y que resulta invulnerable a los métodos normales de apertura, incluso a la violencia. Yo conozco la cifra de la clave, lógicamente, pero no me sirve de nada, porque el medallón emite señales que son realmente la llave que permite abrir esa caja fuerte.

—Y en ella guardas tus documentos.

—Sí, Athor.

—¿Crees que el ladrón sabía que el medallón contenía esa clave?

—No. Simplemente, pienso que se lo llevó porque es muy bonito, muy vistoso. El cierre de la cadena se estropeó, eso es cierto, y lo llevé a reparar, para evitar que se me perdiera en un momento inoportuno. Entonces entró ese condenado atracador…

Zoran se echó a reír.

—Consiguió un botín de casi un millón en joyas —dijo—. Bien, ¿cuándo empezamos a actuar?

—Entonces, quieres ayudarme...

—Sin restricciones de ninguna clase, ni siquiera mentales —contestó Zoran rotundamente.

CAPÍTULO III

La visita de Kryna se había producido a última hora de la tarde y ella dijo que resultaba un tanto intempestiva para localizar al ladrón.

Por tanto, acordaron encontrarse al amanecer. El ladrón, supuso Kryna, estaría durmiendo descuidadamente y podrían sorprenderlo sin demasiados problemas.

Ella se marchó y, al cabo de un rato, Zoran decidió salir de casa, a fin de cenar en un restaurante al que solía acudir con frecuencia. Cuando terminó emprendió el regreso a su casa pero en el camino se encontró con una persona conocida.

Era una hermosa mujer, de unos treinta años, una espléndida morena a la que había conocido seis o siete años antes. Ella había ganado con el paso de los años y ahora poseía una belleza realmente arrebatadora.

Los dos se detuvieron casi al mismo tiempo, el uno frente al otro.

—Tú eres Athor Zoran —dijo ella.

—Si la vista no me engaña, tengo delante de mí a Nikki Horuban —exclamó él.

—No soy mi doble —rió Nikki.

—Pero estás el doble de hermosa que hace seis años —contestó Zoran.

—¿Lo crees así?

—Es como si hubieras tenido una hermana gemela y os hubieran fundido en un solo cuerpo, sumando así la belleza de las dos.

Nikki entornó los ojos.

—Athor, ¿sabes que nadie me ha dicho nunca una cosa semejante?

—Es que a los demás les dejas mudos de guapa que eres —

exclamó Zoran riendo.

—A ti no te he acallado…

—Al contrario, me pasaría las horas enteras elogiando tu hermosura.

—Hablando, hablando, hablando…

—Hay otras formas de elogiar a una mujer muy bella.

—¿Por ejemplo?

—Son métodos prácticos, pero no resulta conveniente realizarlos en público, Nikki.

—En un lugar discreto.

—Tú misma puedes indicarlo.

Athor hizo un amplio ademán.

—¿Tu aeromóvil o el mío?

—El mío. Tiene programador automático para el regreso.

—Entonces vamos allá, Nikki.

Zoran se apoderó del brazo de la mujer.

—Tenemos muchas cosas que decirnos —añadió.

—Han sido seis años largos, Athor.

—Hay qué ver cómo pasa el tiempo, ¿eh? —suspiró el joven.

—Se nos pasa sin que nos demos cuenta, querido.

—¿Qué has hecho durante estos seis años? —preguntó Zoran, una vez ya en el aeromóvil—. Quiero decir, si te casaste…

—Y me divorcié.

—Por tanto, ahora estás libre.

—Como el viento, Athor.

* * *

Nikki se levantó, envolvió su espléndido cuerpo en una bata corta y miró sonriente a su huésped.

—No has perdido facultades —dijo.

—Me conservo bien —contestó Zoran con fingida modestia.

Ella lanzó una suave carcajada.

—Sigues siendo el mismo —comentó—. ¿Qué quieres beber?

—¿Champaña?

—Sí, por supuesto.

Nikki vino poco después con sendas copas en la mano, entregó una al joven y, sentada en el borde de la cama, levantó la suya.

—Por nuestro encuentro —dijo.

—Repito tu frase —contestó él.

—Son los encuentros los que deben repetirse, Athor —manifestó ella, terriblemente insinuante.

—Lo intentaré. Perdona un momento, pero...

—Dime, Athor. ¿Te ocurre algo?

—Quizá me falla la memoria un poco, pero... me parece que antes tenías el pelo algo más claro...

Ella soltó una risita.

—Me lo aclaraba, hasta que me convencí de que el color natural me favorecía mucho más. Tú, ¿qué opinas?

Zoran levantó una mano y acarició la frondosa cabellera, de color ala de cuervo.

—El color original te favorece infinitamente más —dijo.

—No volveré a hacerlo —repuso ella—. Por cierto, ¿a qué te dedicas ahora?

—Ya sabes que conseguí el título.

—A mí me costó un par de cursos más. Tú eras un superdotado.

—Exageras. Me gustaba y terminé un poco antes que los demás. Pero creí que habías dejado los estudios...

—No, terminé la carrera, aunque no la he ejercido un solo día. ¿Y tú?

—En cierto modo, hago otras cosas. Me defiendo bien. Hago cálculos sobre eventualidades psicofísicas para una importante empresa. Tengo un horario amplio y realizo en mi casa la mayor parte de la tarea. En confianza, es algo perfectamente inútil, pero los jefazos creen que mi labor sirve para algo y así están las cosas.

—Te felicito —dijo Nikki.

—Deberías felicitarme por otra cosa.

—¿Por qué, Athor?

La mano del joven se introdujo bajo la bata.

—Por esto —respondió, a la vez que con la otra mano tiraba de ella hacia sí.

—En todo caso tendría que felicitarme a mí misma —rió ella.

—Empieza a hacerlo —dijo Zoran, mientras buscaba su boca ávidamente.

Pasado un buen rato, Zoran se levantó y se vistió. Ella, tendida lánguidamente, le miró con una inequívoca sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Volveremos a vernos, Athor?

—Siempre que tú lo desees, Nikki.

—Te llamaré.

—Cuando quieras. Ah, mañana, no; tengo... trabajo.

Zoran había vuelto a la realidad, al recordar que pocas horas después tenía que hacer algo en compañía de otra mujer, pero lógicamente, no quiso decir a su hermosa anfitriona de qué se trataba.

—Entendido —respondió ella, a la vez que le tiraba un beso con la mano.

Zoran abandonó la casa, diciéndose que había pasado unos momentos muy agradables en compañía de una bella mujer, pero preguntándose al mismo tiempo si resultaría prudente continuar una relación, dado el carácter un poco especial de Nikki.

Muy absorbente, pero también sumamente voluble. Tenía poca fijeza de sentimientos, aunque quizá había cambiado. Seis años podían variar sustancialmente la idiosincrasia de una persona, se dijo.

En todo caso, resumió así sus pensamientos, no existía ningún compromiso formal.

—Ya veremos —murmuró, mientras iniciaba el regreso a su casa.

* * *

Todavía no había salido el sol, cuando Kryna apareció en a puerta de su casa, vestida discretamente y ahora con el pelo recogido por una cinta de color azul fuerte. Llevaba en las manos algo que parecía una caja de cigarros y se sentó junto al joven, quien ya aguardaba en su aeromóvil.

—Es el detector, supongo —dijo él—. ¿Lo has construido tú?

—Un amigo, aunque yo también intervine en su construcción.

—Te gusta la mecánica, parece.

—Esto es algo más que simple mecánica, Athor, ya lo verás.

—Muy bien, puesto que tú lo dices... ¿Hacia dónde vamos?

—Conecta el mando de detección de otras aeronaves y el de anticolisión, de este modo, podremos subir a dos mil metros sin problemas.

—De acuerdo.

El aparato se elevó a los pocos instantes y adquirió velocidad manejado hábilmente por su piloto. Unos minutos más tarde habían alcanzado la cota señalada por la muchacha.

—¿Y ahora?

Kryna abrió la caja en dos mitades iguales y desplegó una extraña antena de rejilla, de forma romboidal, de hilos cuyo grosor no llegaba a la décima de milímetro y que al joven le recordó una tela de araña, de dimensiones no excesivas, sin embargo, ya que el mayor de sus lados medía poco más de veinte centímetros.

En el remate del mástil llevaba una esferita de algo que parecía vidrio de color verde. En una de las mitades de la caja había una serie de teclas y botones y también cuatro pequeñas esferas indicadoras, cuyo diámetro no excedía de los cinco centímetros. Al llegar a la altura deseada, Zoran inmovilizó el aparato y esperó, con la vista fija en el singular detector.

Kryna presionó una tecla y, en el acto, se encendió una serie de luces de varios colores. Mediante la acción de otra tecla, la bola verde de la antena se iluminó por dentro, con un resplandor oscilante en intensidad y con una frecuencia semejante a la de los latidos del corazón de una persona.

Ella examinó los indicadores con gran atención. De pronto movió una pequeña llave, muy lentamente, y la antena empezó a girar al mismo tiempo.

Las oscilaciones de la lámpara verde se hicieron más rápidas e intensas. Al cabo de unos momentos la luz cambió a rojo y quedó fija.

Zoran observó que Kryna estaba completamente concentrada en su tarea y no quiso hablar, a fin de no distraer su mente. Ella manipuló un poco más los controles y, al fin, rompió el silencio:

—Ya lo tengo —dijo.

—¡Uf! —sonrió el joven—. ¿Muy lejos?

—Diecisiete kilómetros, rumbo ciento noventa y cinco grados exactamente.

—Perfecto —contestó él, a la vez que ponía el vehículo nuevamente en movimiento.

Con el rabillo del ojo pudo darse cuenta de que la luz de la antena seguía fija en intensidad. Atento a los controles, guió en la dirección señalada por la joven, a una velocidad moderada, hasta que vio a Kryna levantar una mano.

—Estamos directamente sobre el ladrón —dijo ella.

—¿Seguro, Kryna?

—El detector no miente, Athor.

—Muy bien, entonces, tú dirás qué debo hacer.

—Aguarda un momento.

Kryna dejó el detector en el asiento posterior y luego, bajando el cristal de la ventanilla, sacó medio cuerpo fuera. Zoran se alarmó.

—¡Eh, tú, estamos a dos mil metros...!

—No te preocupes —dijo Kryna, volviendo a recobrar una postura normal—. ¿Podrías hacer que el aparato se mantuviese inmóvil a cierta distancia del suelo, aunque nosotros estemos fuera?

—Sí, por supuesto.

—Entonces desciende verticalmente. Tenemos una casa justamente debajo de nosotros y deberás dejar el aeromóvil a medio metro sobre su tejado.

—Ah, no vamos a llamar a la puerta.

—Puesto que no hemos sido invitados, vamos a ver si damos una buena sorpresa al ladrón —dijo Kryna.

—Si es cierto que está donde tú dices, no cabe duda; se va a sorprender de veras.

CAPÍTULO IV

La casa era de sencilla estructura y una sola planta, un edificio evidentemente construido para fines de semana y vacaciones. Estaba en un lugar bastante agradable y no lejos, a unos trescientos metros, corría un arroyo de bastante caudal.

Abundaban la hierba y los árboles. Estacionado en la parte posterior de la casa, había un aeromóvil.

—¿Para qué diablos lo quiere, si puede desplazarse sólo con su cuerpo, sin más que desearlo? —exclamó Zoran, cuando se hallaban a pocos metros del objetivo.

—Tiene un huésped —apuntó ella.

—O sea, una persona normal.

—Claro.

—Algún compinche...

—Es muy posible. Cuidado, ya estamos a la distancia conveniente.

Zoran detuvo el descenso del vehículo y conectó el estabilizador, con lo que el aeromóvil quedó suspendido a medio metro del tejado. Descendieron sin hacer ruido y luego, cautelosamente, se descolgaron hasta el suelo.

Zoran observó que Kryna llevaba pendiente del hombro una bolsa de tela, que no era precisamente el bolso que ya conocía. Llegaron junto a la puerta trasera y ella tanteó el pomo.

—Éste es un lugar tranquilo y no necesita cerrarse con llave —murmuró.

—Con un millón en joyas, yo habría hecho instalar unas puertas blindadas, con cerraduras especiales.

—Él está seguro de que nadie le va a sorprender, por eso se muestra tan descuidado.

Kryna había abierto ya la puerta, pero antes de franquear el umbral abrió la bolsa y sacó algo que puso en manos del joven.

—Es preciso evitar que utilice sus facultades para escapar. Apenas lo tengamos a la vista, átale esta cuerda a un tobillo. El lazo ya está hecho, ¿comprendes?

—¿Y el otro extremo?

Kryna terminó de sacar la cuerda y ató el extremo opuesto a la puerta.

—Ya no tienes que preocuparte —sonrió.

Había amanecido y la luz era suficiente para moverse en el interior de la casa sin temor a tropezones inoportunos. Momentos después abrían la puerta de una habitación, en la que se veían dos personas durmiendo apaciblemente en una cama.

Sobre una mesa, junto a la entrada, se divisaba un enorme montón de joyas, que despedían fulgores cegadores. Kryna vio su medallón y alargó la mano rápidamente para recobrarlo.

—Aprisa, Athor —susurró.

El joven saltó hacia adelante y enlazó el tobillo del ladrón, quien seguía durmiendo ajeno a la presencia de dos personas extrañas en la casa. Casi en el mismo instante, la mujer abrió un ojo y un segundo después lanzaba un chillido estridente.

* * *

El durmiente despertó instantáneamente y se sentó en la cama. Con la boca abierta, contempló a los dos intrusos, cuya llegada le había pasado completamente inadvertida. Pero reaccionó

rápidamente y tendió la mano hacia la mesita contigua a la mesa[1].

—No toque esa pistola —dijo Kryna severamente.

El hombre se quedó quieto en el acto.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi casa? —barbotó colérico.

Kryna señaló el montón de joyas que había sobre la mesa.

—¿Qué me dice usted de eso? —preguntó.

La mujer se había sentado en la cama también, aunque se cubría el pecho con la sábana.

—Te lo dije, Teyld; debías haberlas guardado.

—Cállate —cortó el ladrón furiosamente—. Vamos, amigos, explíquense. ¿Han venido a por una parte del botín? Puedo ser razonable...

—Las joyas no nos interesan —manifestó Kryna—. Queremos hablar con usted.

—Por cierto, debería decirnos el nombre completo —sugirió Zoran.

—Brahe, Teyld Brahe —contestó el ladrón malhumoradamente.

—Muy bien, señor Brahe —dijo Kryna—. Voy a darle una oportunidad. Necesito respuestas a unas preguntas, y si se muestra complaciente, olvidaré el asunto de la joyería.

—¿Me dejará las joyas?

—No, las devolveré, simplemente, aunque de forma anónima; pero usted no irá a la cárcel. No es mala oferta, creo.

—Lo vas a perder todo... —se lamentó la mujer.

—Todo, no; le quedará la libertad —puntualizó Kryna, inflexible.

—Vamos, conteste —exclamó Zoran imperativamente.

—Pero si aún no sé qué es lo que me va a preguntar —alegó Brahe.

—Oh, es cierto —dijo el joven con una risita—. Qué distraído soy...

—Usted vuela —afirmó la muchacha—. No lo niegue, porque nosotros lo hemos visto. Estábamos en la joyería cuando entró a robar, por si no se acuerda de nosotros.

—¡Cómo! —gritó la mujer—. ¿Este hombre vuela?

—Así es, señora...

—Me llamo Thuli Rorschel —dijo la acompañante del ladrón—. Y si Teyld vuela, debe de ser en su aeromóvil...

—Vuela por sí solo, sin necesidad de vehículo alguno. El aeromóvil que hay afuera debe de ser suyo, supongo, señora Rorschel.

—Sí, es mío, pero… oiga, no me harán tragar una bola semejante.

—Pregúntele a su amigo —aconsejó Zoran.

Thuli parecía desconcertada. Zoran observó al ladrón y lo vio muy inquieto.

—Teyld, usted vuela y lo hace sólo con el poder de su mente —dijo Kryna—. Pero esas extraordinarias facultades, indudablemente latentes sin que usted lo supiera, no se desarrollaron sin cierto método que alguien le enseñó. Dígame el nombre de esa persona y dónde vive, y olvidaremos el asunto de la joyería.

Thuli continuaba estupefacta.

—Teyld, estos tipos están chiflados —exclamó—. Mira que decir que tú vuelas sólo con el poder de tu mente…

—¿Es que usted no le ha visto volar, señora Rorschel? —preguntó Zoran.

—Sólo vuela para una cosa —contestó Thuli maliciosamente—. Pero siempre a ras del suelo…

—O a ras de su cuerpo —dijo Kryna mordazmente.

—Entonces volamos los dos —repuso Thuli con todo desparpajo.

—Está bien, basta de discusión; no hacemos más que perder el tiempo —cortó Zoran, impaciente—. Vamos, Teyld, le han hecho una pregunta. Contéstela y ahí habrá acabado todo.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto Zoran observó que Brahe miraba hacia la ventana con el rabillo del ojo.

La ventana estaba abierta de par en par, debido al caluroso ambiente de un día de verano. Súbitamente, Brahe pareció tensar todos sus músculos y se lanzó horizontalmente fuera de la cama.

Thuli chilló. Brahe atravesó la ventana, pero la cuerda se puso tensa y cayó pesadamente al suelo.

—¡No le dejes escapar! —gritó Kryna.

Zoran se precipitó hacia la ventana. Sentado en el suelo, completamente desnudo, Brahe estaba aflojando el lazo que tenía en torno a su tobillo derecho. El joven saltó fuera de la casa, pero lo hizo un segundo tarde. Brahe había conseguido ya desatarse y emprendía el vuelo a una velocidad vertiginosa.

Thuli, sin cuidarse de su desnudez, se había levantado de la

cama, y asomada a la ventana, contemplaba la espectacular ascensión de su amigo.

—¡Cielos, es cierto que puede volar! —exclamó.

El ladrón subió rápidamente a gran altura. Pero entonces ocurrió algo inesperado.

El aeromóvil de un hombre madrugador se dirigía hacia la ciudad. Su piloto, estupefacto, vio a un hombre que volaba solo, sin aparatos. Brahe vio también al vehículo, pero ya a muy corta distancia.

El morro del aeromóvil le golpeó en pleno pecho, desviándolo de su ruta con brutal empuje. Al golpe, Brahe perdió el conocimiento y empezó a caer a plomo.

—¡Se va a matar! —chilló Thuli.

Sin sentido, Brahe descendió en silencio y se estrelló contra el suelo a menos de cien metros de la casa. Kryna volvió la cabeza para no contemplar aquella horrible escena.

El golpe resonó sordamente, amortiguado en buena parte por la hierba. Pero Brahe había caído desde más de doscientos metros de altura.

* * *

El aeromóvil que había derribado a Brahe tomó tierra y su piloto saltó al suelo. Estaba terriblemente pálido y daba la sensación de no acabar de creer en lo que había sucedido.

—Yo... No lo pude remediar... Ese hombre apareció volando solo delante de mi aparato...

Kryna se mordió los labios. El suceso, aparte del fracaso que representaba en sus proyectos, podía acarrearles graves contratiempos si se divulgaba.

Zoran pensó lo mismo, pero de repente se le ocurrió una idea, que estimó podía resolver aquella critica situación.

—¿Ha dicho usted que atropello a un hombre? —preguntó.

—Sí. Surgió tan repentinamente, que no tuve tiempo.

—Amigo mío, tendrá que perdonarnos —dijo Zoran con acento intrascendente—. Sentimos mucho haberle dado un susto enorme, pero no tiene demasiada importancia. Simplemente, estábamos haciendo unos experimentos, para una filmación que tenemos en curso de realización.

El hombre abrió la boca, atónito.

—¿Una película?

—Sí. Era un maniquí volador, mediante una maquinaria a pedal.

—Pero... a mí me pareció un hombre...

—Bueno, tiene que parecer un hombre; de lo contrario, la película perdería toda la gracia. No se puede hacer creer al espectador que se trata de un hombre, con un muñeco mal construido.

—Entonces... respiro, porque yo creí...

Zoran le dio unas palmadas en el hombro.

—Nada, nada, váyase tranquilo, amigo. Aquí no ha pasado nada, ¿sabe?

—Pero el maniquí habrá sufrido desperfectos...

—Es inevitable, aunque lo podremos reparar sin grandes dificultades. Repito, váyase y no se preocupe de más.

—Sí, sí... Muchas gracias, amigo...

—No se merecen —sonrió Zoran.

El individuo volvió a su aeromóvil y despegó como si le persiguiese el demonio. Kryna puso una mano sobre el brazo de Zoran.

—Has tenido una magnífica idea —dijo.

—Gracias. Creo que eso nos ha librado de un serio compromiso. Así, ese hombre no avisará a la policía.

—Pero encontrarán su cadáver, Athor.

—Es cierto, porque nosotros no lo vamos a enterrar. Sin embargo, creerán que fue arrojado desde un aeromóvil en vuelo. ¿Quién pensaría lo contrario?

—Mientras no lo identifiquen como el ladrón de la joyería —dijo ella, recelosa.

—Aunque sea así, creerán que ha tenido cómplices y que se deshicieron de un socio incómodo. Vamos, regresemos a la casa; hemos de recoger las joyas y devolverlas a su propietario.

—Sabrán que hemos sido nosotros...

—Se las enviaremos por correo, no te preocupes.

De pronto Kryna lanzó un grito. Zoran se alarmó.

—¿Qué te ocurre?

—¡Ella! ¡Thuli!

Zoran volvió la cabeza y divisó un aeromóvil que despegaba a gran velocidad.

—¡Se escapa! —añadió la joven.

Zoran se dio una palmada en la frente.

—Las joyas —rezongó.

Corrió a la ventana y metió medio cuerpo en el interior de la casa. Inmediatamente lanzó un suspiro de alivio.

—Kryna, no se ha llevado nada —dijo.

—Debía de tener mucha prisa —supuso la muchacha.

—En su lugar yo habría hecho lo mismo —Zoran miró a Kryna—. No hemos conseguido nada —agregó.

Ella hizo un gesto de pesar.

—Tendremos que seguir investigando —contestó.

—Sí, claro, no hay otra solución.

—Pero este asunto no te importa a ti nada, Athor.

El joven sonrió.

—¿Crees que podría dejarlo, después de todo lo que ha pasado?

—Entonces, ¿continúas a mi lado?

Zoran carraspeó. Kryna se puso colorada.

—No lo decía por... por...

—Se te entiende de sobra —dijo él—. El asunto me tiene muy intrigado y quiero conocer a la persona capaz de fabricar ultraseres. Es decir, si no tienes inconveniente en que te ayude, naturalmente.

Kryna lanzó un hondo suspiro.

—Como suele decirse, cuatro ojos ven más que dos.

—Y cuatro manos hacen el doble de tarea que dos —rió él, a la vez que se apoderaba de su brazo—. ¿Se te ha ocurrido pensar en lo que pasó exactamente cuando Morbhiss fue asesinado?

—No, sé que lo mató su amante...

—Yo averiguaré lo que sucedió. Puede que ese suceso sea el hilo principio del hilo que nos permita desenredar el ovillo.

Kryna pensó que podía ser una buena idea y se preguntó qué haría Zoran para llevarla a cabo. Acudiría a los archivos policiales, lógicamente.

CAPÍTULO V

Tres días más tarde Kryna oyó el zumbido de llamada del

videófono y dio el contacto. El rostro de Zoran apareció de inmediato en la pantalla.

—Ya tengo un informe detallado sobre el asesinato de Morbhiss —dijo el joven.

—Estupendo —contestó ella—. ¿Qué pasó, Athor?

—¿Por qué no me invitas a almorzar y te lo cuento sin prisas y con toda comodidad?

—Bueno, pero es que...

Zoran se puso serio.

—Ah, no quieres recibir a un hombre en tu casa —dijo.

—Oh, no... no es eso. Es que... Francamente, Athor, me da mucha vergüenza decírtelo.

—Bueno, si prefieres callar, no voy a obligarte a que hables. Podemos reunirnos más tarde, naturalmente.

—No, no, almorzaremos juntos, pero en un restaurante que yo conozco y donde sirven unos platos exquisitos. Ven a buscarme y te indicaré dónde es. ¿Vale?

—De acuerdo, preciosa.

—Dentro de una hora, Athor.

—Conforme, Kryna.

Ella cerró la comunicación y se dispuso a ir al baño para arreglarse. En aquel instante llamaron a la puerta.

Kryna cruzó la sala, abrió y se encontró a dos hombres fornidos y de rostros inexpresivos.

—¿Es usted la doctora Shi-ho? —preguntó uno de ellos, sin mover los labios siquiera.

—Sí, yo misma.

El hombre sacó una pistola inesperadamente.

—No grite; no haga ruido o lo pasará muy mal —dijo.

Kryna se estremeció fuertemente. Luego retrocedió poco a poco, hasta detenerse en una de las paredes de la estancia.

—¿Qué... qué es lo que desean? —preguntó con un hilo de voz.

El desconocido señaló algo con la mano.

—Eso —contestó lacónicamente.

Por instinto, Kryna llevó su mano derecha al medallón que descansaba sobre su seno.

—No... no tiene apenas valor... Es una joya de familia...

—No nos interesa su valor crematístico —dijo el hombre—. Lo

que nos interesa es el medallón... y lo que puede hacer.

Kryna apretó los labios.

—No se lo daré —exclamó, resuelta.

La pistola señaló a su frente.

—¿Prefiere que se lo quitemos a su cadáver? —dijo el sujeto con torvo acento.

El otro, silencioso hasta entonces, habló por primera vez y, como en el caso de su compañero, lo hizo sin mover los labios.

—Puede estar segura de que le devolveremos el medallón, pero después de haber utilizado sus... servicios, doctora —dijo.

—Creo que comprendo —respondió Kryna—. Ustedes quieren...

—Sí, exactamente.

Ella vaciló todavía un momento, pero al fin soltó el cierre de la cadena y entregó el medallón al primero de los visitantes.

—Tengo que resignarme —dijo.

—Gracias, doctora. Repito que no queremos hacerle ningún daño; sólo desearnos el medallón y se lo devolveremos cuando lo hayamos utilizado para lo que usted sabe de sobra.

—Naturalmente, no me van a decir quién les envía.

—Será mejor que se olvide de este asunto, doctora. Por su propio bien, créame. Si insiste en... sus actuaciones, podría llevarse un serio disgusto.

—Comprendo. Una pregunta, por favor.

—¿Sí, doctora?

—Si les cuento un chiste, ¿se reirán ustedes?

Los visitantes parecieron sorprenderse.

—Admiro su buen humor —dijo el segundo.

—No, no les contaré el chiste —declaró ella—. No podría ver la expresión de sus rostros, debajo de esas máscaras que les impiden mover los labios siquiera.

—Es cierto —admitió el primero—, pero compréndalo, deseamos preservar nuestra identidad.

—Lógico —murmuró Kryna.

Mientras hablaba Kryna había observado algo que le pareció muy interesante. Los dos hombres no ofrecían la sensación de ser unos hampones de poca monta, pagados por alguien para arrebatarle el medallón. Aunque vestían ropas corrientes, ofrecían un aspecto de cierta distinción, que le hizo sospechar no eran vulgares matones.

Entonces concibió una idea, pero guardó silencio. Era preciso aguardar a que los dos desconocidos abandonaran su casa.

—Mañana, sin falta, recibirá el medallón por correo, doctora —aseguró el de la pistola.

—No tengan prisa, muchachos —contestó ella con cierto aire voluble.

Kryna se quedó sola y, por precaución, dejó pasar casi un cuarto de hora. Entonces se puso a trabajar con gran rapidez.

Lo primero que hizo fue montar el detector que había utilizado para localizar a Brahe. Desplegó la antena y luego buscó un cable eléctrico, que conectó a una toma de corriente y a un enchufe situado en otro aparatito que puso al lado del primero.

El segundo era un amplificador de potencia, que fue conectado al detector. Diez minutos después había terminado ya y se sentó a esperar.

Transcurrió casi una hora. Kryna pensó que Zoran debería haber llegado ya, pero no le importó su retraso. En realidad, ya no sentía deseos de ir al restaurante.

Irían a otro sitio...

Súbitamente, la lamparita superior de la antena se iluminó con tremenda intensidad. Fue un resplandor que pareció un relámpago del cielo, producido en el interior de la sala y que duró apenas una centésima de segundo, tiempo suficiente, sin embargo, para que Kryna supiese que su treta había tenido pleno éxito.

* * *

Se disponía a salir de casa, cuando de pronto llamaron a la puerta. Intrigado, abrió y se encontró con la visita menos esperada en aquellos momentos.

—¡Usted! —exclamó, sin poder contenerse.

Thuli Rorschel parecía indecisa.

—¿Puedo pasar? —solicitó tímidamente.

Zoran se echó a un lado. A Kryna no le importaría un poco de retraso, si luego iba con buenas noticias, y Thuli parecía dispuesta a hablar.

—Claro —accedió—. ¿Quiere un poco de café, señora Rorschel?

—Se lo agradeceré...

Zoran fue a la dispensadora de alimentos y programó dos tazas de café. Luego se reunió con su visitante.

—Sin duda tiene que decirme algo, señora Rorschel —sonrió.

Ella tomó primero un sorbo de café, como para darse ánimos, y luego hizo un gesto afirmativo.

—Es cierto —respondió—. Tengo que decirle algo... y, en primer lugar, quiero que sepa que no tuve nada que ver con el robo de la joyería.

—Pero vio las joyas.

—No estaban precisamente ocultas bajo una baldosa —rió ella—. Por otra parte... me sentí tentada. ¿Qué mujer no habría caído en la tentación, al ver semejante tesoro?

—Es una opinión muy discutible, pero no seguiremos con el tema. Usted escapó y no se llevó siquiera una sortija barata.

—Me entró un miedo espantoso. Vi a Teyld que volaba y luego caía. Compréndalo; era algo totalmente nuevo para mí. Francamente, sentí pánico.

—Es lógico, señora Rorschel.

—Yo conocía a Teyld desde hacía algunos años, aunque nunca llegamos a formalizar nuestras relaciones, ni siquiera fueron ininterrumpidas. Quiero decir que había épocas en que cada uno marchaba por nuestro lado... —Thuli soltó una risita—. Supongo que pensará que eso sucedía cuando nos cansábamos el uno del otro y luego, andando el tiempo, volvíamos a cansarnos de la nueva pareja y descubríamos que nos era imposible vivir separados demasiado tiempo.

—Una historia muy interesante, señora —comentó el joven con frialdad—. Pero si quiere que le sea sincero, no ha venido aquí para contarme ciertos pasajes de su vida, que, ciertamente, no pienso criticar. ¿Qué más, por favor?

—Bien, cuando ustedes nos sorprendieron y dijeron que él podía volar sin aparatos, yo creí que estaba en presencia de dos chiflados. Luego, naturalmente, vi que decían la verdad. Teyld escapó volando y después se estrelló contra el suelo.

—Atropellado casualmente por un aeromóvil. De otro modo hubiera conseguido huir.

—Es cierto, pero no he oído nada de ese accidente. Los periódicos dijeron que Teyld había sido lanzado al espacio por algún compinche. ¿No dijo nada el piloto del aeromóvil?

—Le hicimos creer que había atropellado a un maniquí volador,

que pensábamos utilizar en una película. Luego se habrá dado cuenta de que realmente mató a un hombre que volaba, pero seguro que habrá preferido no verse mezclado en ese asunto. ¿Qué más, señora Rorschel?

—Verá.. No sé si a usted le servirá de algo, pero estimo que debe saberlo. Hace cosa de dos años, después de una «reconciliación», Teyld dijo que estaba un poco deprimido y que pensaba ponerse en manos de un reputado psicólogo, no psiquiatra, ¿comprende?

—Sí, hay cierta diferencia —sonrió el joven—. ¿Qué más?

—Teyld debía permanecer unas cuantas semanas internado en una especie de sanatorio. Recuerdo muy bien el nombre «MAX-SAL MEN»...

Zoran arqueó las cejas.

—Un nombre muy extraño —observó.

—Quiere decir «Máxima Salud Mental» y está en el valle del Duggyl, aunque no sé el lugar exacto.

—Muy bien, ya lo encontraré. Siga, señora, por favor.

—No hay mucho más que añadir. Teyld volvió al cabo de cuatro semanas, muy mejorado, tremendamente optimista y con unas ganas de vivir locas, además de... Bueno, muy... viril, usted me comprende.

—Por supuesto. ¿Eso es todo?

—No sé qué más decirle, porque realmente ignoro sus propósitos. Pero creo que esto que le he dicho puede ayudarle, señor Zoran.

—No le quepa la menor duda —contestó el joven—. Y ahora dígame una cosa: ¿Por qué ha venido a contarme todo esto, señora Rorschel?

—Bien, ustedes pudieron haberme perjudicado gravemente. No dijeron nada de mí y la policía no me ha relacionado con el robo de la joyería. Además, Teyld murió y yo le estimaba muy sinceramente...

—Entiendo —dijo Zoran—. ¿Cuánto tiempo hace que él se internó en la clínica MAX-SAL-MEN?

—Año y medio, aproximadamente, señor Zoran.

—Y desde entonces él no le dijo nunca nada sobre su facultad de volar por sí solo.

—No. Yo lo ignoraba hasta el momento en que le vi salir por la ventana.

—¿Sabe por qué robó las joyas? ¿O era un ladrón profesional?

—¡Oh, no! —protestó Thuli vivamente—. Él no era un ladrón, pero en los últimos tiempos su negocio no marchaba demasiado bien y pensaba que iría a la quiebra.

—¿Qué clase de negocio, por favor?

Ella soltó una risa amarga.

—Representante artístico, un oficio en vías de extinción. Ahora todo lo hacen las máquinas y uno sabe enseguida si será o no artista en tal o cual especialidad. Naturalmente, tenía muy pocos clientes y...

—No es necesario que siga, señora —dijo Zoran, a la vez que consultaba su reloj—. Le agradezco mucho sus informes y lo tendré en cuenta más adelante.

Thuli se puso en pie y le tendió una mano.

—Le daré mi dirección, por si un día me necesita para algo —dijo, insinuante.

—No lo creo posible, pero, vamos, tampoco estorba anotar unas señas nuevas en la agenda —sonrió Zoran.

Thuli era un tanto basta de aspecto, pero muy espectacular físicamente. Al quedarse solo, se preguntó en qué trabajaba, pero no le importó ignorar la respuesta.

En cambio sí resultaba interesante haber conseguido ciertos datos que podían resultar muy interesantes. Harían una visita a aquella clínica de nombre tan extraño y...

Resuelto, salió de casa y se encaminó al encuentro de Kryna.

CAPÍTULO VI

Los dos hombres entraron en el banco con aire enteramente natural, aunque sus rostros permanecían inexpresivos. Uno de ellos habló con el empleado encargado de las cajas de alquiler.

—¿Cuál es su número, caballeros? —preguntó el empleado, cortés.

—VK-044-XFX —contestó el primero, sin vacilar.

—Ah, una caja especial...

—En efecto.

—Muy bien, tenga la bondad de rellenar el impreso.

La mano del sujeto no tembló. Escribió los datos imprescindibles en una cartulina y luego la devolvió al empleado.

—Vayan a la puerta número cuatro y entren en el ascensor. Se pondrá en marcha automáticamente, a los veinte segundos —indicó el empleado.

—Gracias, ya conocemos el procedimiento.

Los dos hombres descendieron más tarde a un profundo sótano, con varias rejas de hierro, custodiadas por dos guardias armados hasta los dientes. La tarjeta, sin embargo, les abrió paso sin dificultad hasta el departamento de cajas especiales.

Una vez allí, los guardias se retiraron y les dejaron solos. El segundo dudó del éxito de la operación.

—No sabemos qué caja es exactamente...

El otro movió una mano.

—Alquilamos una para poder entrar aquí sin problemas —respondió—. El medallón abrirá la caja que buscamos, así de sencillo.

—Ojalá sea como dices —suspiró el otro.

Hubo un corto espacio de silencio. Garr Benlop, el primero de los dos y que era quien sostenía el medallón con la mano derecha, paseó la mirada por el interior de la bóveda acorazada. En alguna de aquellas cajas fuertes especiales estaba lo que buscaban.

Levantó la mano un poco. Luego, bruscamente, oprimió la pequeña anilla por la que pasaba la cadena que permitía llevar el medallón colgado del cuello.

Y en el mismo instante se produjo un deslumbrador fogonazo, acompañado de una enorme ola de calor.

* * *

Zoran llegó a la casa de Kryna, justo cuando la joven salía precipitadamente por la puerta. Ella abrió la portezuela del aeromóvil y se coló de un salto en su interior.

—¡Aprisa, Athor! —exclamó—. ¡Haz que este cacharro vuele lo más rápido posible!

—Pero, ¿qué es lo que sucede? —preguntó el joven, alarmado y asustado a un tiempo.

Ella manejó las teclas del control de direcciones.

—Vamos a mi banco; quiero ver si llegamos a tiempo —dijo.

Zoran se dio cuenta de que el vehículo podía ponerse en

movimiento y accionó el mando correspondiente.

—Tengo noticias muy interesantes, pero antes debes decirme qué sucede —manifestó.

—Dos desconocidos… Me robaron el medallón bajo amenazas, pero creo que les he dado un buen susto. Si llegamos a tiempo, dejarán de ser desconocidos.

—¡Te han robado el medallón!

—Sí, pero no te alarmes; no habrán podido abrir la caja donde guardo los documentos. Ten un poco de paciencia; enseguida sabrás todo.

—Está bien, como tú quieras. Luego yo también te contaré algo muy interesante.

Apenas diez minutos más tarde llegaban a las inmediaciones del banco, en donde vieron ya cierto revuelo. Kryna saltó del vehículo y corrió hacia la entrada, seguida por el joven, ávido de saber lo que había sucedido.

En aquel instante salían dos sanitarios portadores de una camilla, en la que había un hombre que se quejaba a voz en cuello. Zoran apreció que tenía la cara completamente vendada.

Otro salió a pie, pero escoltado por dos policías. También tenía quemaduras en el rostro y parte superior del pecho, aunque su estado no parecía tan grave como el de su compañero.

—Algo pretendían —oyó Zoran a uno de los policías—. Los dos llevaban máscaras y se les inflamaron no sé por qué diablos…

Otro agente contenía a los curiosos. Con el segundo de los heridos salió también un alto empleado del banco. El médico hizo su aparición acto seguido. Zoran le vio menear la cabeza.

—Benlop lo va a pasar muy mal. Es probable que pierda la vista… si salva la vida.

Los heridos, con su escolta policial, se alejaron en una ambulancia. Zoran tiró de la muchacha hacia un lugar algo más despejado de gente.

—Ahora ya puedes hablar, creo —dijo.

Kryna hizo un gesto afirmativo.

—No quería que me robasen los documentos, como es lógico —respondió—. Ellos no sabían, lógicamente, cuál era mi caja fuerte, pero al accionar el dispositivo secreto del medallón la caja se abriría automáticamente.

—Y algo ha fallado…

—El medallón habrá quedado destruido, pero no me importa. Cuando me dejaron sola, instalé un amplificador de potencia en el detector. Aunque no fue propiamente una explosión, sus efectos resultaron idénticos y se ha tenido que producir una tremenda llamarada. Recuerda que llevaban máscaras.

—Sí, es cierto.

—Eran de plástico y se incendiaron con la explosión. Al primero le habrá abrasado la cara, porque estaba más cerca del foco de calor. En cuanto al otro parece que ha salido mejor librado, pero de todas formas no lo pasará bien. Y así podremos enterarnos de quiénes eran, ¿comprendes?

—Ahora los llevan a un hospital.

—Es lógico, Athor.

—Pero allí estarán bajo vigilancia policial.

—No te preocupes; ya encontraré el medio de hablar con uno de ellos, por lo menos. El que tiene las lesiones menos graves, naturalmente.

—Muy bien, has tenido una idea estupenda —sonrió Zoran—. Esos dos tipos se van a acordar toda la vida de la visita que hicieron al banco.

—Por supuesto. Pero creo que tú también tenías algo interesante que contarme…

Zoran se acarició la mandíbula inferior.

—Sí, tengo algo interesante que contarte —respondió—. Creo que ya sé dónde está el lugar donde «fabrican» los ultraseres, pero hay algo que me preocupa enormemente.

—¿De qué se trata, Athor?

—Esos dos tipos fueron a robarte el medallón… a tiro hecho, como suele decirse. ¿Quién les informó que ese medallón podría abrir tu caja fuerte?

—No sé, no tengo la menor idea —dijo Kryna, desconcertada.

—A mí me parece que no lo has divulgado en los periódicos, precisamente. Por tanto, si era un secreto, alguien lo averiguó… o alguien lo compartía ya contigo y, como sea, informó a los dos ladrones.

Ella se mordió los labios.

—No puede ser —murmuró.

—No puede ser, ¿qué? —preguntó Zoran.

—Él... Me ayudó a construir el medallón. Prácticamente, lo hizo todo, aunque la idea fue mía y también intervine en algunos momentos del proceso de construcción. Pero no puedo creer que me haya traicionado, Athor.

—¿Quién es ese hombre, Kryna?

Una lágrima apareció en los hermosos ojos de la muchacha.

—Ahora está muy ocupado, trabajando en un proyecto muy interesante. Cuando termine, nos casaremos —declaró.

—Ah, tu prometido...

—Sí. Es ingeniero. Perdona, no te había dicho nada hasta ahora, porque no creí que te interesara.

—Ahora sí me interesa —dijo Zoran—. Kryna, te sientes decepcionada —añadió.

Ella bajó la cabeza.

—No puedo creer que me haya traicionado, Athor —gimió.

—A veces ocurren cosas así —respondió él—. ¿Por qué no vamos a verle a su casa?

Kryna guardó silencio unos instantes. Luego, resuelta, echó a andar hacia el aeromóvil.

Zoran se emparejó a su lado y abrió la portezuela. Cuando iban a entrar, le hizo una pregunta:

—¿Cómo se llama tu prometido?

—Kharl Morbhiss.

Zoran respingó.

—¿Hermano, tal vez, del doctor Morbhiss que fue asesinado?

—No. Eran primos, ambos hijos de dos hermanos, aunque Kharl tiene casi quince años menos que el doctor.

—Comprendo. Bien, vamos a hablar con ese hombre que ha traicionado no sólo tu confianza, sino el cariño que habías puesto en él. Marca la ruta y yo me ocuparé del resto.

Kryna accionó el tablero de rumbos y el aparato se elevó en el aire segundos más tarde. La joven reclinó su cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Estaba muy dolorida, pensó Zoran, y se comprendía fácilmente, por lo que sintió una viva compasión hacia ella. Discreto, respetó su silencio, confiado en que supiera reaccionar adecuadamente.

«Es una chica de mucho temple y acabará por superar esta

crisis», pensó.

Pasados unos minutos, Kryna se irguió un poco y volvió la cabeza.

—Athor, tenías algo que contarme —recordó.

—Es cierto. Después de haber hablado contigo, recibí una visita, nada menos que Thuli Rorschel.

—¡La amiga de Brahe! —exclamó.

—Exactamente, ella misma.

—¿Te dijo algo interesante?

—Sí. Aparte de que me contó alguno de los pasajes de su vida, relacionados con Brahe, me contó también ciertos detalles que pueden ser de gran utilidad. Hace año y medio, aproximadamente, Brahe sufrió una especie de depresión y se internó en una clínica, llamada MAX-SAL-MEN. Ella cree, y yo estoy absolutamente seguro de ello, que es en esa clínica donde lo convirtieron en un ultraser. Aunque, por supuesto, Thuli no pronunció esa palabra una sola vez, pero sí notó un cierto cambio en Brahe.

—¿Qué clase de cambio, Athor?

—No te pongas colorada, Kryna. Aparte de sentirse mucho mejor en todos los aspectos. Brahe se mostró muy... viril.

Kryna trató de sonreír.

—Si eso es cierto, algunos tal vez querrían internarse en esa clínica aunque no consiguieran llegar a convertirse en ultraseres —dijo.

—Eso me da miedo, Kryna —confesó él.

—¿Por qué, Athor?

—Imagínate unas personas que se convierten en seres provistos de unos poderes fabulosos. ¿Los transmitirán por herencia? ¿Crearán una raza de superhombres? Si eso es así, ¿no sentirán la irresistible tentación de convertirse en los dominadores del mundo?

Kryna calló durante unos momentos. Luego dijo:

—Todo eso lo sabremos cuando hayamos estado en la clínica que has mencionado... si es que conoces su dirección.

—Sé dónde está aproximadamente, pero una vez hayamos llegado a la zona no nos será difícil encontrarla. De todas formas, antes debemos hablar con tu prometido.

Ella asintió, muy pálida.

—Athor, quiero pedirte un favor —manifestó.

—Sí, claro, lo que tú desees —accedió él.

—Deja que hable yo con Kharl. No intervengas para nada, a menos que resulte absolutamente necesario.

—Descuida, aunque me gustaría que me dijeras qué entiendes tú por «absolutamente necesario». ¿Acaso temes que...?

Había lágrimas nuevamente en los ojos de la joven.

—Yo ya no sé ni qué pensar, Athor —respondió afligidamente—. Si es cierto que Kharl me traicionó, cuando se dé cuenta de que lo sabemos quizá intente algo. ¿Comprendes?

Zoran cogió una mano de Kryna y la oprimió afectuosamente.

—Has sufrido una gran decepción, pero sé que eres fuerte y sabrás recuperarte —dijo—. El mundo no se acaba porque un miserable haya abusado de tu buena fe. Pero, por otra parte, le estamos acusando no sólo sin pruebas, sino siquiera sin haberle escuchado. Creo que Kharl tiene derecho a exponer sus argumentos, ¿no te parece?

—Sí, pero de todos modos presiento que me engañó.

—Eso lo sabremos muy pronto. ¿Falta mucho para llegar a su casa?

—Unos diez minutos, Athor.

—Perfectamente, pronto saldremos de dudas. Ah, y perdóname, porque había olvidado decirte algo que también es muy interesante y, por casualidad, se refiere al primo de tu prometido.

—¿Hablas del doctor Morbhiss?

—Exactamente.

—Pero está muerto. Lo asesinaron... Su prometida, para más detalles.

—Y no la han encontrado todavía.

—No, creo que no. ¿Qué es lo que sabes, Athor?

—Algo muy extraño. Morbhiss fue dado oficialmente por muerto, pero no se encontró su cadáver.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Tenía una asistenta que limpiaba su estudio y el día que fue para hacer ese trabajo encontró todo revuelto y grandes manchas de sangre por el suelo y en las paredes. El doctor había desaparecido y se creyó que había sido asesinado y que el asesino se llevó su cadáver para esconderlo en algún lugar que no ha podido ser localizado todavía.

—Tienes que decir la asesina —corrigió Kryna—. Lo hizo su prometida, recuérdalo.

—Se la acusó del crimen, pero tampoco se ha podido probar.

—Quizá fue un crimen simulado.

—Lo dudo mucho. Los análisis de las manchas de sangre demostraron sin lugar a dudas que pertenecían a Morbhiss.

—Entonces, no cabe duda; su cadáver fue enterrado en algún lugar secreto y... Pero entonces, ¿quién «fabrica» los ultraseres, Athor?

El aeromóvil, guiado por el piloto automático, empezó a perder altura.

—Creo que muy pronto lo vamos a saber, Kryna —respondió Zoran.

CAPÍTULO VII

Era una casa bastante grande, de planta y primer piso, rodeada por un jardín de cierta extensión, en el que había un claro donde podían estacionarse los vehículos, tanto aéreos como terrestres. Zoran y Kryna saltaron fuera del aparato apenas hubo tomado tierra.

La joven vaciló un instante. Zoran apretó su mano.

—Sé fuerte —dijo.

Ella suspiró hondamente.

—Sí —contestó, lacónica.

Avanzó hacia la casa, pero, en lugar de dirigirse hacia la puerta delantera se encaminó hacia otra situada en la parte posterior y que daba a una especie de estudio acristalado con vidrios translúcidos, que no permitían ver lo que había al otro lado.

—Aquí tiene una especie de taller, donde hace sus cálculos y algunos trabajos particulares, aparte de experimentos propios —dijo Kryna.

—Muy bien, adelante.

Kryna abrió la puerta y, en el acto, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Athor!

Zoran asomó la cabeza y dio un respingo.

—¡Demonios! Parece que haya pasado un ciclón por este lugar...

El interior del estudio aparecía completamente devastado, destruidos la mayor parte de los instrumentos que había allí o lanzados al suelo de cualquier manera. La mesa de despacho, situada en un rincón, aparecía volcada y desfondada por los golpes propinados sin duda con un hacha.

Había papeles por todas partes. Un grifo goteaba.

Kryna, terriblemente perpleja, dio unos pasos en el interior.

—Athor, creo que sospechamos de Kharl sin fundamento...

—Es posible —admitió él, no menos impresionado que la muchacha—. Tal vez le obligaron a hablar.

Kryna sintió un escalofrío.

—Y después...

La muchacha calló. Zoran se dio cuenta de que no se atrevía a terminar la frase, temiendo lo peor.

En el centro del estudio, permanecieron inmóviles durante unos momentos. Luego Zoran se dijo que era preciso hacer algo.

—Kryna, tú has estado aquí antes —dijo.

—Sí, claro.

—Entonces conoces la casa.

—Por supuesto.

—Quizás él está en alguna habitación... y no tenemos aún a seguridad de que haya muerto. Ciertamente todo está revuelto, porque los que cometieron esta salvajada buscaban algo, pero no se ven manchas de sangre. Eso, al menos nos permite abrigar esperanzas.

—A veces una persona muere violentamente y no pierde una sola gota de sangre —dijo ella, muy aprensiva.

Zoran agarró su brazo.

—Vamos a buscar por el interior de la casa —dijo.

Al fondo había una puerta que comunicaba con el edificio. Cuando llegaban a ella oyeron un ligero sonido al otro lado.

Zoran actuó rápidamente y tiró de la joven, para situarla junto a la puerta. Vio al lado un trozo de tabla y lo agarró, para usarlo como arma defensiva, en caso de necesidad.

El ruido era de tacones y la puerta se abrió un segundo más tarde. Zoran levantó la tabla sobre su cabeza.

Una mujer franqueó el umbral y se detuvo apenas había dado un par de pasos en el estudio. Zoran creyó que soñaba al reconocerla.

—¡Nikki! —exclamó.

* * *

La señora Horuban se volvió en el acto. Llevaba un bolso en la mano izquierda y metió la otra en su interior, pero casi inmediatamente volvió a sacarla vacía.

Los ojos de Nikki expresaban una enorme sorpresa.

—¡Athor! —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—¿No crees que yo también puedo hacerte la misma pregunta, Nikki? —manifestó el joven críticamente.

—¿Quién es ella? —preguntó la señora Horuban.

—Es la doctora Shi-ho. Kryna, te presento a una buena amiga, Nikki Horuban.

—¿Cómo está, señora? —saludó la muchacha cortésmente.

—Celebro conocerla, doctora —dijo Nikki con frialdad—. Athor, todavía no me has explicado los motivos de tu presencia...

—¿Por qué no hablas tú en primer lugar? —sugirió el joven.

—Está bien. Tengo intereses en determinada empresa y habíamos encargado al ingeniero Morbhiss cierto proyecto, pero eso ocurrió hace ya mucho tiempo y no había presentado aún siquiera un informe preliminar sobre el caso. En vista de su tardanza, el consejo de accionistas delegó en mí para que averiguara los motivos de ese retraso.

—Entiendo —dijo Zoran.

—Pero, como comprenderás, no voy a explicarte de qué se trata. Es un asunto todavía secreto, que puede proporcionarnos grandes beneficios. Si la cosa se divulgara, podríamos perder una gran suma de dinero.

—No te preocupes, no me interesa ese negocio. Pero, como has podido apreciar, aquí no hay el menor rastro del ingeniero Morbhiss. A menos, claro está, que hayas encontrado algo en la casa.

Nikki hizo un gesto negativo.

—No está —respondió—. Adentro todo aparece tan revuelto como este estudio, y el ingeniero ha desaparecido.

Kryna no se pudo contener y adelantó un paso.

—¿Ha encontrado manchas de sangre, señora?

Nikki la miró fijamente. Zoran hizo un gesto con la mano.

—Teme que el ingeniero haya sido asesinado —dijo—. Es su prometida.

—No, no hay indicios de un crimen —contestó la señora Horuban—. Pero eso no excluye, por ejemplo, la posibilidad de un secuestro.

—¿A causa del proyecto que ustedes le encargaron? —supuso Kryna.

—Es posible. Quizá teníamos un traidor en la empresa —dijo Nikki sonriendo amargamente—. Kharl pudo negarse a hablar y entonces lo secuestraron para torturarlo en alguna parte...

Kryna se horrorizó al oír aquellas palabras.

—¡Y después lo asesinaron! —gimió.

—No puedo garantizar nada —dijo Nikki—. Lo siento, doctora. Nosotros nos sentimos muy perjudicados por este asunto y... Athor, tienes que dispensarme, pero debo marcharme, a fin de informar a mis colegas de lo ocurrido. Ellos tomarán luego la decisión que más convenga.

—Lamento lo que ha pasado, Nikki.

—Gracias. Llámame cuando quieras, Athor. Doctora...

Nikki se marchó y los dejó solos. Kryna se sentó en una silla y empezó a llorar en silencio.

Zoran respetó su dolor, pero se sentía muy aprensivo.

—Aquí hay algo que no concuerda —murmuró.

De pronto echó a andar hacia la puerta y pasó al interior de la casa. Kryna, muy abatida, permaneció en el mismo sitio.

Zoran corrió hacia el lado opuesto del edificio. Al cabo de unos momentos regresó junto a la muchacha.

—Kryna, no te muevas; volveré enseguida —dijo.

El joven volvió a marcharse, pero ahora salió fuera de la casa y se encaminó hacia la zona de estacionamiento de vehículos. Permaneció allí durante casi un cuarto de hora y luego regresó al interior.

Subió al primer piso. Encontró un dormitorio y lo registró a conciencia. Al cabo de unos minutos había llegado a ciertas conclusiones que, se dijo, debía conocer Kryna.

Bajó de nuevo al estudio. Ella salía en aquel momento.

—Voy a ver si funciona la dispensadora de alimentos —dijo—. Creo que nos conviene un poco de café, Athor.

—Estupendo —sonrió él.

La máquina funcionaba perfectamente y les sirvió sin problemas

dos tazas de café. Zoran tomó unos sorbos y luego miró a la muchacha penetrantemente.

—Kryna, tengo que decirte algo de gran importancia —manifestó —. Creo que debes saberlo; yo te aprecio muchísimo y me sentiría incapaz de engañarte. Pero tampoco quiero que pienses en que miento con otras intenciones, ¿comprendes?

Ella hizo un signo de aquiescencia.

—Confío en ti, Athor —declaró.

—Gracias. Creo que Kharl está vivo, y no solamente sin haber sufrido el menor daño, sino que incluso puedo afirmar que sé dónde está en estos momentos. O dónde estará dentro de poco rato.

—¿Hablas en serio? —exclamó ella vivamente.

—Sí. Anda, termina tu café; quiero enseñarte algo muy interesante.

Kryna apuró su taza y la dejó a un lado. Luego siguió al joven, dándose cuenta de que Zoran se encaminaba al jardín.

Al llegar a la zona despejada, Zoran se acuclilló en el suelo y señaló algo con el índice.

—Las pisadas de Nikki —dijo.

—Sí, se ven claramente. Este trozo es arenoso, aunque la capa tiene muy poca profundidad...

—Pero tiene el grosor suficiente para que queden marcadas las pisadas de una mujer calzada con zapatos de tacón alto. Y no se advierten señales de las patas del tren de aterrizaje de un aeromóvil en las inmediaciones del punto donde terminan las pisadas.

Kryna se quedó sin aliento.

—Entonces, ella es... —y no se atrevió a terminar la frase.

Zoran asintió.

—Hay algo más todavía. Un hombre se reunió con Nikki en este mismo sitio. Sin duda nos vio llegar y se escondió tras aquel macizo de rosas. Cuando ella salió de la casa, acudió a su encuentro y luego los dos alzaron el vuelo.

Kryna se puso una mano en el pecho.

—Athor, ¿debo suponer...?

—He registrado la casa a fondo. Su dormitorio es el único lugar intacto y he encontrado señales indudables de que preparó una maleta con ropa, la cual supongo habrá llevado consigo al abandonar este lugar.

—Entonces Kharl es un traidor.

—Todo le acusa, aunque él quiso preparar el ambiente para engañar a los que vinieran después de su marcha. Es más, creo incluso que ya iba a marcharse cuando llegamos nosotros, pero que aguardó escondido hasta el momento oportuno.

—O sea, cuando Nikki se reunió con él.

—Exactamente. También Nikki le ayudó a desempeñar la comedia. Nos vio y dejó pasar unos minutos, antes de fingirse sorprendida por encontrarnos inesperadamente en la casa. Sin duda ya habían preparado el escenario, pero nuestra llegada les pilló desprevenidos y decidieron engañarnos de la forma que ya sabes.

—Comprendo —dijo Kryna—. Pero, ¿cómo llegaste a sospechar?

—Había manchas de polvo en el vestido de Nikki, lo cual me hizo suponer que había estado moviendo cosas por ahí. Pudo buscar realmente los documentos relacionados con el proyecto que mencionó, pero al cabo de un rato recordé que no había otro aeromóvil en el jardín. Si sólo estaba el nuestro, ¿cómo había viajado hasta esta casa?

—Y nos la imaginamos fácilmente, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio. Luego Zoran cogió una mano de la joven y la palmeó afectuosamente.

—Eres muy joven y superarás pronto esta decepción —dijo.

Kryna trató de sonreír.

—En este mundo no se puede vivir tranquila —contestó con cierta jovialidad.

—Es un mundo repugnante, pero no tenemos otro mejor y hemos de vivir en él de la forma más agradable posible —dijo el joven sentenciosamente—. Kryna, lo que ha ocurrido no debe influir en nuestros propósitos.

—Desde luego, Athor. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero de todo, buscar ese restaurante que mencionaste esta mañana. En confianza, estoy muerto de hambre.

—Muy bien, a pesar de todo yo también necesito poner algo de comida en el estómago. Yo guiaré el aeromóvil, no te preocupes.

Momentos después estaban sentados en el interior del vehículo. Cuando el aparato despegaba, Zoran dijo:

—Tengo una enorme curiosidad por saber qué tenías que decirme y no te atrevías, porque te daba mucha vergüenza.

Recuerda que te pedí que me invitaras a comer en tu casa.

—Athor, no me mires mal. La verdad es que no tengo la menor idea de lo que es cocinar —respondió Kryna.

Zoran soltó una estentórea carcajada.

—¿Y era eso lo que te preocupaba?

—Bueno, me gustaría saber preparar algunos platos, aunque fueran sencillos, pero...

Bruscamente, Kryna rompió a llorar con gran amargura. Zoran dejó de reír y, comprendiendo el estado de ánimo de la muchacha, rodeó sus hombros con un brazo y la atrajo afectuosamente hacia sí.

—Ánimo —dijo—. El mundo no se acaba porque un miserable haya abusado de tu buena fe. Lo olvidarás todo, créeme.

Ella no dijo nada y siguió llorando un buen rato, hasta que se sintió más calmada.

—Creo que ahora estoy un poco mejor —declaró—. Necesitaba desahogarme, pero, aunque quiera, tardaré un poco en olvidar a Kharl. Porque tenemos que buscarlo y exigirle que nos diga qué pretenden él y sus compinches, incluida la señora Horuban, ¿comprendes?

—No te preocupes, yo sé dónde encontrar a ese pajarraco —respondió Zoran—. Pero antes tenemos que hacer otra cosa.

—¿Qué es, Athor?

—Averiguar los nombres de los dos tipos que te robaron el medallón y hablar con el que ha recibido menos daño —dijo el joven.

CAPÍTULO VIII

El hombre de la bata blanca usaba unas gafas de cristales muy gruesos y las varillas del estetoscopio quedaban sujetas a su cuello. Sonrió al detenerse ante el policía que custodiaba determinada puerta del hospital.

—Hola —dijo—. Soy el doctor Salmkton, especialista en dermatología. Quiero examinar a los hombres que han sufrido quemaduras.

—Sí, doctor —accedió el guardia—. Y además de sus servicios,

uno de ellos necesitará los de un buen oculista.

—Ha sufrido graves daños en la vista, creo.

—El médico de urgencias se sentía muy pesimista. Pero hoy día se hacen maravillas...

—Es cierto, la medicina ha progresado enormemente —convino el doctor Salmkton—. Por favor, agente.

—No faltaría más, doctor.

El guardia abrió la puerta y dejó pasar al médico. Este entró y contempló un instante a los dos hombres que yacían en sendas camas.

Uno de ellos estaba completamente inmóvil, con la cabeza envuelta en vendas, y las manos, asimismo vendadas, fuera del embozo de la cama. Era evidente que se hallaba bajo la acción de un poderoso sedante.

El otro parecía también dormido. Tras unos instantes de contemplación, Salmkton metió la mano en un bolsillo y saco un par de guantes de goma, que se puso inmediatamente, aunque sin prisas.

Luego extrajo una jeringuilla, que cargó con el contenido de una ampolla que había traído también consigo. Acto seguido se acercó al segundo y, antes de que éste se apercibiera de lo que pasaba, le clavó la aguja en un brazo.

Dane Kell se estremeció violentamente. Abrió los ojos y reconoció al hombre que estaba a su lado, pero éste le tapó la boca de inmediato con una mano.

Kell forcejeó, pero el suceso le había debilitado grandemente. El médico mantuvo la misma posición, hasta que notó que el herido empezaba a relajarse.

Unos minutos después Kell había cerrado los ojos de nuevo. Entonces el médico repitió la misma operación con Garr Benlop.

Las jeringuillas eran desechables, pero Salmkton no las tiró a un rincón sino que encapsuló de nuevo las agujas y guardó jeringuillas y ampollas en uno de sus bolsillos. Hecho esto, se quitó los guantes y se encaminó hacia la puerta.

—El más grave, en efecto, quedará ciego —dijo al vigilante.

—Pobre hombre... Aunque sea un ladrón, me da lástima.

—Perder la vista es algo horrible, en efecto. El otro curará, aunque tendrá que esperar bastante tiempo antes de hacerse la cirugía estética. Tiene unas quemaduras bastante graves en el rostro.

—No lo lamente demasiado, de todas formas, doctor. A fin de cuentas, pretendían robar algo que no era suyo.

—Sí, ya lo sé. Bien, gracias por todo, agente.

—Encantado, doctor Salmkton.

El hombre que salió del hospital minutos más tarde se parecía muy poco al doctor Salmkton. No llevaba lentes y tenía una frondosa cabellera. Además cojeaba ligeramente del pie derecho y el hombro izquierdo estaba más levantado que el derecho. Pero su defecto físico no parecía importarle demasiado y fumaba satisfecho el grueso cigarro que sostenía con los dientes.

Más tarde, un médico auténtico descubrió que dos pacientes habían dejado este mundo, y no precisamente a consecuencia de las quemaduras sufridas.

* * *

—Creo que aquí estarás bien —dijo Zoran, mientras acomodaba a la muchacha en un diván—. Pero tendrás que aguardar unos minutos, media hora o cosa así.

—¿A qué he de esperar, Athor? —preguntó ella, intrigada.

—No soy un maestro, ni lo pretendo, pero en ocasiones me gusta variar lo que sale de la dispensadora de alimentos y tengo un frigorífico donde guardo cosas; por ejemplo, carne para un par de buenos filetes, acompañados de patatas fritas. ¿Qué te parece?

—Deberías dejarme ver cómo lo haces; así aprendería yo.

Ella empezaba a levantarse, pero Zoran puso las manos en sus hombros y la obligó a sentarse de nuevo.

—Quietecita ahí, hasta que te llame —ordenó—. A propósito, ¿te gustan las películas del siglo pasado? Enciende el televisor y así te distraerás un rato, mientras yo preparo un menú que te hará chuparte los dedos. Lástima que no tengamos más tiempo; de lo contrario, conocerías lo que es el sabor de una buena pierna de cordero al horno.

—Creo que hay hornos ultrarrápidos —sonrió Kryna.

—Sí, pero nada como un asado lento, en su jugo.

Zoran le entregó el mando de control remoto. Ella encendió el televisor, situado en la pared opuesta y que parecía formar parte de la misma. La pantalla medía metro y medio de largo por algo más de uno de alto y poseía una perfecta definición de imágenes.

El joven se metió en la cocina. Abstraído, no se dio cuenta de que

pasaba el tiempo hasta que, cuando ya preparaba los platos, oyó un agudo grito en la sala.

Alarmado, abandonó la cocina a todo correr. Al llegar a la sala vio que Kryna parecía muy excitada.

—¡Athor, los han asesinado! —exclamó la muchacha.

—¿A quiénes? —preguntó él, lleno de extrañeza por una noticia totalmente inesperada.

—A los que me robaron el medallón. Se llamaban Garr Benlop y Dane Kell. Han dado los nombres en un boletín informativo.

—Pero estaban en el hospital —dijo Zoran, atónito.

—Los mató un falso médico, el doctor Salmkton. Entró disfrazado, dijo que era dermatólogo...

—Y les pegó cuatro tiros.

—No, hizo algo mucho peor: les puso sendas inyecciones de ácido prúsico.

Zoran se espantó.

—¡Cianuro!

—Exacto. Murieron en menos de un minuto y nadie se dio cuenta hasta mucho más tarde. El doctor Salmkton había desaparecido ya y...

Zoran agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella.

—Vamos a la cocina —dijo—. La cena ya está lista y, pase lo que pase, es preciso llenar el estómago.

—He perdido el apetito —declaró ella afligidamente—. Compréndelo, son demasiadas cosas en un solo día.

—Precisamente por eso necesitas estar fuerte —dijo Zoran con rotundo acento—. Si ahora empiezas a decaer, en pocos días quedarás hecha una piltrafa y no habrá quién te mire a la cara. Y, vamos, no estás en edad de abandonarte, creo yo.

Kryna trató de sonreír.

—Tú eres muy diferente de... del otro —murmuró.

—Es mi carácter. Aunque también tengo contrariedades a veces, procuro no dejarme avasallar y miro a la vida con optimismo. Anda, siéntate aquí.

Ya estaban en la cocina. Zoran puso delante de la joven un plato con carne y una enorme cantidad de patatas fritas, además de unas rebanadas de pan y un vaso de vino.

—Como se decía antiguamente, esto resucita a un muerto —

exclamó alegremente—. Come, bebe y no te preocupes del futuro… hasta haber terminado, claro.

—Resulta difícil apartar ciertos asuntos de la mente —dijo ella con expresión de tristeza—. Pero tendré que hacer un esfuerzo, Athor.

—Al menos olvida esas cosas durante media hora —insistió él.

Kryna empezó a comer y lo hizo con mejor apetito del que suponía. Al terminar, tenía un aspecto mucho mejor.

—Es lógico. Tu estado anímico provenía también de una posible baja de presión, debido a la falta de alimentos. Pero dejemos eso ahora, Kryna. Estamos embarcados en el mismo bote y debemos seguir remando hasta llegar a puerto. ¿Comprendes la metáfora?

—Sí, Athor —respondió la muchacha—. ¿Qué rumbo debemos seguir?

—El rumbo que lleva el valle de Duggyl, en donde se encuentra la clínica MAX-SAL-MEN.

—Y allí encontraremos…

—La fábrica de los ultraseres.

* * *

El valle era bastante amplio y se hallaba cruzado en su centro por el río Duggyl, al que afluían de distintos sitios algunos arroyuelos, lo que permitía una vegetación abundante. Era un lugar encantador, donde no se veía un solo palmo de terreno sin hierba, árboles o arbustos. Sin embargo, las construcciones eran más bien escasas.

—Yo creí que debía de estar más poblado —dijo Kryna a la mañana siguiente, mientras sobrevolaban el valle a una altura de unos trescientos metros.

—Está un poco lejos de la ciudad —alegó Zoran—. Pero quizá por eso mismo el «fabricante» de ultraseres eligió el valle para su clínica.

—¿No sabes el lugar exacto?

—No, aunque supongo que debe de tratarse de un edificio bastante grande. Calculo, aunque también puede que me equivoque, que trataría a varias personas al mismo tiempo, por lo que pienso que debe ser algo parecido a un hotel o un albergue. Cuando veamos una casa más grande que el resto bajaremos a investigar.

—Entonces ya puedes hacerlo —exclamó Kryna, a la vez que

señalaba un punto situado delante del aparato.

Zoran fijó la vista en aquella dirección y vio una casa casi totalmente oculta por un frondoso bosque de robles y otros árboles de gran tamaño. El edificio, apreció muy pronto, tenía tres plantas y era lo suficientemente grande como para albergar a cincuenta personas sin agobios de espacio.

Frente a la fachada anterior se veía un espacio despejado, en el que Zoran tomó tierra. Instantes después saltaban al suelo.

Kryna avanzó unos pasos, pero de pronto se detuvo y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Athor, no puede ser!

Zoran frunció el ceño. El edificio parecía abandonado, sin habitantes en su interior.

La puerta principal estaba abierta. Era de dos hojas y una de ellas parecía a punto de caer, sostenida sólo por uno de los goznes. Faltaban cristales en muchas ventanas y los marcos, de madera, se hallaban en un pésimo estado.

Crecían los arbustos y matojos en torno al edificio. Zoran pensó que daba la sensación de que nadie había vivido en aquel lugar desde hacía veinticinco o treinta años por lo menos y que, en todo aquel lapso de tiempo, tampoco nadie se había preocupado de su conservación.

—Esto no es la clínica —dijo Kryna, pasados unos momentos—. Nos hemos equivocado, eso es todo.

De pronto, Zoran reparó en algo que estaba caído en el suelo, delante de la puerta. Acercándose, se inclinó y dio la vuelta a la tablilla de madera, en la que aún se podían leer algunas letras pintadas a mano.

Eran los restos de un rótulo: ...LINIC... X-SAL-ME...

—Pues sí, aquí estaba la clínica famosa —dijo, a la vez que enseñaba el rótulo a la muchacha—. Lo que pasa es que hace mucho tiempo que levantaron el vuelo, sea quienes fueren, y dejaron la casa abandonada y a merced de los elementos.

—¿Tanto ha padecido en un año? —se asombró ella.

—Si dejas una casa abandonada, sin el menor cuidado y con todas las puertas y ventanas abiertas de par en par, en un año se convierte en una ruina —dijo Zoran—. De todos modos, ¿por qué no entramos? Quizá encontremos alguna pista...

Avanzaron unos pasos, pero cuando ya iban a entrar oyeron una voz que sonaba inesperadamente a poca distancia.

—No se molesten, no encontrarán a nadie —dijo el hombre.

* * *

Zoran y la joven se volvieron en el acto. Apoyado con ambas manos en un recio bastón, un sujeto de mediana edad y pelo crespo y entrecano les miraba con una sonrisa de conmiseración en sus labios.

—Hace tiempo que nadie vive en este caserón —continuó el sujeto—. Más de un año, desde luego.

—Entonces, aquí vivían personas.

—Sí, señor. Siempre había una docena y a mí me parecieron que eran todos unos chiflados. Disculpen, no me he presentado. Soy Simpon Lurdell.

—Yo soy Athor Zoran —dijo el joven—. Ella es la doctora Kryna Shi-ho.

—¿Médica, señora?

—No, doctora en psicología —respondió Kryna—. Celebro conocerle, señor Lurdell.

—Encantado, doctora. Pues, como iba diciendo, aquí venían gentes de todas clases y pelajes y sabe Dios lo que hacían, porque nunca decían a nadie lo que les había traído a estos parajes.

—Era una clínica —puntualizó Zoran.

Lurdell soltó una risita.

—Yo conocí una vez un casino que era una cueva de ladrones —dijo sarcásticamente—. El rótulo no hace al lugar, señor Zoran —añadió, sentencioso.

—Entonces, ¿no era una clínica psiquiátrica? —preguntó Kryna, que no quería declarar abiertamente los motivos que les habían llevado al valle.

—Bueno, por lo visto, venían a tratarse de ciertas enfermedades nerviosas, pero lo que a mí parece es que les sacaban los cuartos hasta dejarles los bolsillos sin pelusilla siquiera. Todos los que vi llegar me parecieron perfectamente sanos, lo mismo que al marcharse. Pero si eran tontos y se dejaban sacar la «pasta», sólo ellos tenían la culpa.

—Alguien, imagino, debía de dirigir la clínica —intervino Zoran—. Señor Lurdell, ¿llegó usted a conocer a ese director?

—Sí, hablé con él un par de veces. Me propuso internarme en la clínica durante cuatro semanas, más o menos. Dijo que me convertiría en un hombre nuevo y que no me costaría un centavo. Yo rechacé su oferta: si ya estaba sano, ¿qué necesidad tenía de curarme?

—Tal vez ese hombre le tenía simpatía —apuntó Kryna.

—Puede ser. Yo les suministraba mucha carne. Tengo un buen rebaño y crío unos corderos como sólo se ven ya en los libros. Por cierto, él nunca dejó de pagarme la carne al contado...

—Ah, es pastor.

—Sí, el oficio me gusta, doctora. Se vive siempre en el campo, sin apenas preocupaciones, en un ambiente completamente sano... En fin, no necesito dar más explicaciones, ustedes me comprenden de sobra.

—Desde luego —dijo Zoran—. Señor Lurdell, ¿qué pasó aquí, en la clínica? Ha transcurrido poco más de un año y parece como si hubiese sido devastada por la guerra.

—Bueno, después de que el director se marchó, tras el último paciente, la casa quedó abandonada. Al poco tiempo, vino un montón de chicos de ambos sexos. Eran una comuna, dijeron, y cuando se marcharon, la casa daba asco —Lurdell meneó la cabeza —. Esta juventud...

—Eran unos atrasados —comentó Zoran irónicamente—. Una comuna, a mediados del siglo XX...

—Probablemente eran chicos con ganas de juerga, simplemente —supuso la muchacha—. Pero, señor Lurdell, ¿recuerda usted el nombre del director?

—Oh, sí, desde luego. Era el doctor Graydt, un hombre verdaderamente amable y cortés. Si era un embaucador, no lo sé, pero a mí me pareció siempre una excelente persona

—¿Le dijo adónde se iba cuando abandonó la casa?

Lurdell bajó la vista un momento y pareció concentrarse en sí mismo.

—Ah, sí, ya recuerdo —exclamó al cabo de unos segundos—. Dijo que se iba a la Anta... Entárti...

—Antártida —puntualizó Zoran sonriendo.

Lurdell chasqueó los dedos.

—Eso es, Antártida. Dijo que iba a hacer una expedición

científica y que permanecería allí un par de años al menos en las inmediaciones de un volcán llamado Are… Eru…

—Erebus.

—Exacto, el volcán Erebus, señor.

—¿Acaso era también geólogo o vulcanólogo? —se sorprendió Kryna.

Lurdell se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Yo sólo repito lo que él me dijo, doctora.

—Muy bien, muchas gracias, amigo Simón —sonrió el joven—. Nos gustaría agradecer su cortesía de un modo más práctico…

Lurdell extendió una mano vivamente.

—Lo he hecho con mucho placer y no tienen que darme nada —dijo—. Y ahora perdónenme, pero tengo que atender a mi rebaño. Buenos días.

Lurdell giró en redondo y se alejó. Dobló la esquina más próxima y desapareció de la vista de los dos jóvenes.

—Es asombroso —exclamó Kryna, pasados unos instantes—. ¿Por qué ha tenido que irse el doctor Graydt nada menos que a la Antártida? ¿No te parece verdaderamente extraño, Athor?

Zoran no respondió, sino que se puso un dedo ante los labios, para indicar silencio a la muchacha. Luego echó a correr de puntillas y se asomó a la esquina por donde se había marchado el pastor.

Un segundo después hizo señas con la mano y Kryna corrió hacia él. Zoran la sujetó por la cintura para que asomase solamente los ojos y entonces ella, pasmada de asombro, vio que Lurdell que se alejaba volando a ras del suelo.

CAPÍTULO IX

La figura, que se movía volando a buena velocidad y a un par de palmos del suelo, quedó oculta bien pronto al otro lado de un espeso grupo de árboles. Zoran soltó a la muchacha y ella se volvió hacia él, con una expresión de infinita sorpresa en el rostro.

—Es uno de ellos —exclamó.

—Sí —confirmó Zoran.

—Tú has sospechado de él, pero ¿cuál fue el error que cometió?

El joven sonrió.

—¿Cuándo has visto a un pastor de ovejas sin su perro? ¿Oíste los ladridos del can que cuida y guía al rebaño? ¿Acaso sonó la esquila de algún carnero destinado a la reproducción?

Kryna abrió la boca, estupefacta.

—Es cierto —dijo—. El perro pudo haberse quedado con el rebaño, pero en algún momento deberíamos haber oído sus ladridos…

Zoran movió el brazo ampliamente.

—No se oye nada, salvo el zumbido de algún moscardón. El ladrido de un perro se escucharía a medio kilómetro de distancia o más.

—Entonces ya sé qué sucede, Athor.

—Dímelo, por favor.

—Lurdell nos vio llegar y vino a engañarnos con el cuento de que el doctor Graydt se ha marchado a la Antártida.

—Ha habido engaño por su parte, pero no en el total de lo que ha dicho —respondió Zoran—. Personalmente, creo que es cierto que Graydt está en la Antártida.

—Suponiendo que sea como dices, ¿qué objeto tendría declarar la verdad, al menos en ese punto?

—Es muy sencillo, Kryna. Quieren que vayamos a la Antártida, para así eliminarnos sin compromiso alguno por su parte y sin que quede de nosotros el menor rastro. Pueden arrojarnos al volcán o sepultarnos en alguna grieta de hielo muy profunda… Allí, simplemente, una persona desaparece y no se la encuentra jamás.

—Bueno, quieren que vayamos, pero no iremos…

—Tú, no; pero yo sí iré, Kryna.

Hubo un instante de silencio. Ella le miraba fijamente, como si pretendiese adivinar los pensamientos que se albergaban en el cerebro del joven.

—Ese viaje puede resultar muy peligroso —dijo la joven por fin.

—Lo sé.

—Y no piensas desistir.

—En absoluto.

—¿Cuándo emprendes el vuelo?

Zoran se echó a reír y agarró el brazo de la muchacha.

—Antes de viajar a la Antártida, quiero hablar con dos personas

—contestó—. Una de ellas es una antigua conocida, que tiene mucho que ver en este asunto.

—Nikki Horuban —adivinó ella.

—Exacto, Nikki. Trataré de sonsacarla.

—¿Cómo, Athor?

—No hagas preguntas indiscretas —repuso él con sorna.

—¿Confías en tu atractivo personal?

—¿Cómo me encuentras tú, Kryna?

—Presumido y vanidoso —dijo ella—. Pero eres un buen chico... y ten cuidado. Nikki es muy guapa.

—Estaré prevenido, no te preocupes.

—Muy bien. ¿Cuál es la segunda persona a la que piensas ver?

—El profesor Niedermann, una verdadera autoridad en ciencias mentales, el que me enseñó todo lo que sé... que no es mucho, por fortuna.

Kryna se sorprendió al escuchar aquella respuesta.

—Pensé que dirías «por desgracia»...

—No, no. Hice sólo un par de cursos con Niedermann, lo más sencillo, lo justo para encontrar un buen empleo, pero, si quieres saber la verdad, es una profesión que no me gusta en absoluto.

—Sin duda tienes una vocación frustrada...

—Eso es —sonrió Zoran—. Una vocación frustrada.

—¿Te da vergüenza decírmelo?

Zoran acercó sus labios a la oreja de la muchacha y dijo algo en voz baja. Ella se sorprendió enormemente al conocer la respuesta.

—Pues no es para avergonzarse —dijo—. También a mí me gustaría esa vida, Athor.

—Gracias, aunque por el momento no puedo hacerlo. Tengo que esperar unos cuantos años, para ahorrar lo suficiente y comprar... lo que se necesita. En cuanto tenga dinero bastante, dejaré el empleo y...

—Ojalá lo consigas —deseó ella.

—Entonces te invitaré a que pruebes mis productos. Vendrás, supongo... a menos que no estés casada.

—Ése es un problema en el que no pienso por ahora —respondió la muchacha—. ¿Cuándo piensas visitar a la señora Horuban?

—Hoy mismo —dijo Zoran resueltamente.

* * *

Nikki Horuban abrió la puerta y se sobresaltó ligeramente al reconocer a su visitante. Sin embargo, se rehizo y sonrió.

—No te esperaba, Athor —manifestó.

—Bueno, pasaba por aquí y me dije: «Ya que estoy cerca de la casa de Nikki, le haré una visita.»

—Te daré una copa, pero por favor, no me entretengas mucho. Tengo un compromiso, ¿sabes?

—Oh, comprendo.

—No te enfadarás conmigo, ¿verdad?

—Nunca te he considerado como de mi propiedad —rió Zoran—. Has dicho algo de una copa —le recordó.

—Sí, claro. Aguarda un momento...

Nikki estaba ataviada para salir, saltaba a la vista. Zoran se preguntó si iría a reunirse con el traidor prometido de la doctora Shi-ho.

Ella volvió con una copa sola en la mano.

—Tú no bebes —dijo el joven.

—No me apetece en estos momentos.

«Está incómoda, casi nerviosa», pensó él.

—¿Quieres algo más? —consultó Nikki.

—Oh, no. Aunque me gustaría saber cómo marcha tu asunto con el ingeniero Morbhiss.

—Se solucionará muy pronto, no te preocupes.

—Lo celebro. Ahora tienes una cita, supongo.

—Sí, pero no te diré con quién...

Zoran soltó una risita.

—Mujer, no soy indiscreto ni tampoco celoso.

—Pensé que no te gustaría.

—Soy un hombre muy comprensivo. Incluso, si lo deseas, puedo llevarte al lugar de la cita en mi aeromóvil.

—Gracias, pero no será necesario.

—¿Tienes uno?

—¡Qué cosas dices, Athor! Claro que tengo aeromóvil.

—¿Lo usaste el otro día, cuando fuiste a ver al ingeniero?

Nikki se puso rígida.

—No fui a pie, precisamente —contestó.

—Ah, creía... Es que he oído decir que hay personas que se pueden mover por sí solas, sin necesidad de vehículos. ¿No has oído

tú algo por el estilo?

—¿Adónde quieres ir a parar, Athor? Estás diciendo una serie de cosas que no tienen sentido.

—Yo creo que sí lo tienen y tú sabes muy bien a qué me refiero.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, de pronto Nikki sonrió y, acerándosele, puso sus brazos en torno a la cintura del joven.

—Athor, ¿quieres que te cuente todo? —murmuró.

—Me gustaría —repuso Zoran.

—Entonces tendrás que quedarte un buen rato conmigo —dijo ella ardientemente.

—No tengo ninguna prisa, encanto.

—Ven, hablaremos mejor en la terraza...

Zoran se dejó llevar hasta el lugar indicado. Nikki vivía en un lujoso apartamento, situado en la planta treinta y siete de un rascacielos y, estrechamente unidos, salieron a la terraza. Ella se volvió de nuevo y apretó otra vez la cintura del joven.

—Bésame, Athor —pidió ansiosamente.

Zoran sonrió. Iba a ser más fácil de lo que parecía, se dijo.

La boca de Nikki se pegó a la suya. Repentinamente, notó algo extraño.

Sus pies no descansaban en el suelo. La presión de los brazos de Nikki aumentó enormemente.

—¿Qué diablos haces? —rugió.

Ella se elevaba en el aire, llevándole suspendido de sus brazos. Zoran intuyó los propósitos de la señora Horuban.

Era maravilloso y terrible a la vez. Pero ya se habían elevado más de un metro del suelo y, lenta e inexorablemente, se acercaban al final de la terraza.

Zoran forcejeó, pero la presión de los brazos de Nikki era irresistible. En aquellos momentos, la mujer empleaba al máximo su potencia mental.

Estaban ya a dos metros del borde y a la altura suficiente para rebasar el parapeto sin problemas. Una vez que hubieran pasado al otro lado, ella le soltaría y...

Pero tenía los brazos libres y algo podía hacer. Elevó las manos, agarró el vestido por la parte superior y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas.

Nikki lanzó un chillido de rabia. Zoran insistió, hasta dejarla desnuda por completo de la espalda. De pronto notó que caía y rodó por el suelo.

Los restos del vestido, que se habían sostenido por la parte delantera al estar pegada al joven, cayeron también. Nikki quedó solamente con un minúsculo pantaloncito de encaje.

Tendido a medias, Zoran contempló aquel hermoso rostro, ahora transformado en una demoníaca máscara de furia infinita. Prácticamente desnuda, Nikki se elevó a las alturas y escapó a gran velocidad.

En pocos segundos se perdió de vista. Zoran se incorporó, todavía con algunos jirones de ropa en las manos.

Con aquellos mismos trozos de tela, se secó el abundante sudor de su frente. Le parecía mentira lo que acababa de pasar. Creía haber soñado una espantosa pesadilla.

* * *

—Me salvé por los pelos —dijo más tarde, después de haber explicado a Kryna lo que le había ocurrido.

Ella le miró con simpatía.

—Pasaste un mal rato —sonrió.

—Imagínate. Yo pensaba que... bueno, habría un poco de expansión, luego ella se sentiría inclinada a las confidencias... Francamente, me porté como un adolescente incauto.

—A cualquiera le habría pasado lo mismo. Ella es muy hermosa, Athor.

—Sí, pero yo debería haber estado prevenido y suponer que podía gastarme una jugarreta. Lo que no imaginé es que quisiera lanzarme al espacio de mala manera.

—Y dices que te levantó en el aire...

—Como si fuese una pluma, aunque ya me imagino, de todos modos, que tuvo que hacer un formidable esfuerzo mental. Quizá no hubiera resistido ya mucho tiempo, pero sí lo suficiente para salir fuera de la terraza.

—Bueno, en tal caso tú podrías haberte agarrado a ella y no habrías caído a la calle.

—No era seguro, Kryna. Preferí caer a la terraza, a metro y medio de mis pies. Además, si yo me hubiese agarrado a Nikki quizás sus fuerzas hubieran cedido y entonces habríamos caído los

dos a la calle. No era seguro, pero preferí no correr riesgos.

—Esas acciones, indudablemente, requieren un altísimo grado de concentración mental —dijo Kryna pensativamente—. La señora Horuban, por supuesto, se había concentrado en sus propósitos y debió de resultar muy difícil romper ese estado. ¿Cómo lo conseguiste?

—Oh —sonrió Zoran—, a fin de cuentas, estaba en brazos de una mujer.

—Sí, eso ya lo sé.

—Y Nikki, ante todo, es mujer y muy preocupada de su apariencia, cuando tiene que salir. Además, eso le habría pasado a cualquiera, a ti, incluso.

—¿A mí? —se sorprendió ella.

—Claro. Imagínate que alguien te rompe el vestido y te deja casi desnuda. Te sentirás muy desconcertada, buscarás un lugar donde esconderte... y si estás haciendo algo importante lo dejarás en el acto, ¿no es así?

Kryna asintió.

—Sí, creo que eso es lo que haría —convino.

—Y eso le pasó a Nikki. Cuando notó que le rompía el vestido por la mitad, del cuello al borde de la falda, se descontroló y me soltó.

—Fue una buena idea, Athor.

Kryna le había servido una copa y el joven tomó un pequeño sorbo.

—Pero ella escapó volando —dijo.

—No podías evitarlo. ¿Sabes adónde se dirigió?

Zoran hizo un gesto negativo.

—Voló muy rápido, pero, aunque hubiera podido ver hacia dónde se dirigía, ello no representaría ningún dato de interés, porque Nikki podría haber cambiado de rumbo a un par de kilómetros de distancia, sin que yo pudiera verlo.

—Se marchó desnuda...

—Sólo tenía puestos los pantaloncitos de encaje, pero me imagino que eso no debe de representar ningún problema para ella. Kharl le proporcionará ropa, supongo, aunque no sabemos dónde puede estar ahora.

El rostro de Kryna adquirió una expresión de tristeza infinita.

Zoran cogió una de sus manos.

—Todavía lo sientes, ¿verdad?

Ella suspiró hondamente.

—No te preocupes; acabaré por olvidarlo —contestó—. ¿Qué vamos a hacer ahora, Athor?

—Hoy, nada. Mañana iremos a visitar al profesor Niedermann.

—Será una entrevista muy interesante.

—Puedes tenerlo por seguro. Y después...

—¿Después, Athor?

Zoran miró a la muchacha penetrantemente.

—Después, si todavía no has cambiado de idea, prepararemos todo para hacer un viaje a la Antártida —contestó.

—Iré contigo, Athor —dijo ella firmemente.

CAPÍTULO X

Douglas Niedermann era un hombre de unos sesenta años, bajo de estatura, pero vigoroso de figura y con unos ojos que parecían atravesar las frentes de su interlocutor cuando discutía algún tema de importancia. Zoran había hablado con él la víspera, por videófono, acordando una hora para la entrevista que el profesor aceptó sin vacilar, apenas el joven le informó sucintamente de los motivos que le llevaban a hablar con él.

Zoran presentó a la muchacha y luego Niedermann les invitó a sentarse en una sala de aspecto acogedor.

—Soy un poco anticuado —declaró el profesor, mientras cargaba su pipa—. Pero sólo en determinados aspectos; en otros, sin embargo, tengo la mente abierta a cualquier innovación que ofrezca un mínimo de lógica. Empiece a hablar cuando quiera, Athor.

—Gracias, profesor. Si me permite, le expondré la situación. Luego la comentaremos y escucharemos sus valiosos consejos sobre el particular.

Niedermann hizo un gesto con la mano.

—Adelante, muchacho.

Zoran empezó su relato. Un cuarto de hora más tarde el profesor, con la pipa entre los dientes, movió la cabeza varias veces.

—Esperaba algo parecido —declaró sorprendentemente.

—¡Cómo! —se asombró Kryna—. ¿Sabía usted que...?

—Doctora, hubo un tiempo en que fui colega y colaborador de Morbhiss, pero me separé de él cuando vi que llevaba sus investigaciones por un terreno muy comprometido. Una cosa es estudiar la mente humana para ver de curar sus dolencias y otra, muy distinta y absolutamente perniciosa, es tratar de desarrollar ciertas facultades que no están encaminadas precisamente al bien.

—Entonces es eso lo que hizo Morbhiss antes de ser asesinado.

—Y alguien continuó sus trabajos y los desarrolló hasta límites increíbles, aunque ignoro quién o quiénes pueden ser esas personas —respondió Niedermann.

—Ultraseres dotados de poderes inconcebibles y capaces de dominar a todos los demás —dijo Zoran.

—Indudablemente, aunque no sería por mucho tiempo. Desistirían de sus propósitos apenas se produjeran los primeros fracasos, si bien es preciso admitir que hasta que se iniciara su retroceso podrían causar daños muy graves.

—De modo que tienen que fracasar —exclamó Kryna.

—A la larga o a la corta eso es lo que sucederá, doctora.

—¿Qué pasará, entonces?

Niedermann dio la respuesta, y tanto Kryna como el joven se horrorizaron al conocer la verdad.

—¿Es seguro, profesor? —dudó Zoran, todavía no muy convencido de la veracidad de lo que acababa de escuchar.

—Absolutamente —repuso Niedermann con gran énfasis—. Es más, hace un par de años, yo fui testigo de un caso idéntico a los que acabo de exponer. Claro que yo hablo de casos que sucederán, a menos que ellos desistan. Pero lo que vi es algo totalmente cierto, no una fantasía que me haya inventado en un rato de aburrimiento.

—Es la primera noticia que tengo sobre el particular —confesó la joven.

—No se divulgó el hecho, porque se creyó conveniente mantener el secreto. Me encargaron investigar el asunto, emití mi informe y luego dejé el caso en manos competentes.

—¿Quién, profesor?

—Habría que hablar con los secretarios de Interior y Sanidad, pero ya no conseguiríamos nada. Ninguno de los dos querría

mencionar el asunto, porque, ¿quién iba a creerlo? Son políticos y no les agrada hacer el ridículo. Los informes estarán sepultados en algún archivo gubernamental, cubriéndose de polvo y si se mira bien, es lo mejor que pudo suceder.

—Entonces usted afirma que ellos mismos fracasarán...

—Pero no hoy ni mañana. Esto es como una droga: no causa el hábito instantáneamente, sino que se necesita un período de uso, antes de adquirir la dependencia de la misma.

—No cabe duda de que tendremos que hacer algo para atajar el mal —dijo Zoran resueltamente.

Kryna levantó una mano.

—Profesor, hay algo que me gustaría saber —manifestó—. Ya no hablo de Morbhiss, puesto que murió, sino de su sucesor, el hombre que ha continuado sus experimentos. ¿Cómo pueden saber que una persona tiene la facultad de convertirse en un ultraser? ¿Cómo llegan a desarrollar su ultramente?

—Bien, supongo que eligen a los que creen más apropiados y realizan con ellos unos estudios preliminares. Doctora, esto es como la extracción de diamantes en una mina. Hay que sacar cierta cantidad de ganga antes de encontrar un diamante, ¿comprende?

—Sí. Algunos de los investigados habrán resultado no aptos...

—Exactamente —confirmó Niedermann—. Ahora bien, ignoro el procedimiento que emplean para, digamos, localizar a la persona con ultramente yaciente. Después, además de acciones meramente psíquicas, emplean también una droga, cuya composición ignoro, pero que es evidente completa la operación y convierte al sujeto en un ser con ultrapoderes físicos y psíquicos.

—Pero inevitablemente sujetos a las limitaciones que usted ha citado antes —dijo Zoran.

—Esas limitaciones, sin embargo, se pueden evitar.

—¿Quiere decir que aún pueden convertirse en seres con mayores poderes todavía, profesor? —se horrorizó Kryna.

—Oh, no, yo me refería a las limitaciones en sentido definitivo. Bastaría que renunciasen a usar sus poderes y por supuesto, también a la droga que deben ingerir periódicamente.

—Habrá creado hábito en ellos —apuntó Zoran.

—No lo sé. Es una droga inventada por Morbhiss, y sus efectos no son todavía muy conocidos en su totalidad. Si esa droga crea un

hábito imposible de suprimir…

Niedermann dejó en el aire las últimas frases de su respuesta. Zoran sintió un escalofrío.

—Entonces están perdidos —dijo.

—Sí —respondió el profesor escuetamente.

* * *

—Pero antes de que se produzca la tragedia en ellos, ¿cuántos daños no podrán causar? —se estremeció Kryna aquella misma noche, mientras preparaba la mesa para la cena que iba a tomar en el apartamento del joven.

—Indudablemente, y eso es lo que vamos a tratar de evitar —respondió Zoran—. Mañana mismo iniciaremos los preparativos para el viaje.

—No sabemos el lugar exacto donde están, Athor.

Zoran sonrió.

—Tengo el presentimiento de que ellos mismos nos abrirán las puertas —dijo.

—Y puede que no nos dejen salir vivos de allí…

—O también puede suceder que nos abandonen en un campo de hielo, desnudos y sin alimentos, para congelarnos en pocas horas —dijo el joven tranquilamente.

—¿Crees que serían capaces de…?

—Serían capaces de todo, de cualquier cosa, pero no debes preocuparte. ¿Conoces la historia de la bala y el blindaje?

—¿A qué viene eso ahora? —se sorprendió Kryna—. Sí, ya sé; se inventaba un cañón muy potente y enseguida se descubría el blindaje adecuado. Pero aquí no vamos a emplear piezas de artillería ni parapetos de acero, Athor.

Zoran empezó a servir la sopa.

—Hablaba en sentido figurado —contestó—. Ellos tienen el cañón, pero yo dispongo del blindaje suficiente para resistir no solamente sus disparos, sino devolverlos y destruir la pieza artillera.

—Me gustaría que me contaras cómo lo has conseguido —sonrió Kryna.

—Aguarda un momento, por favor.

Kryna, intrigada, vio que el joven manipulaba con un cable conductor de gran longitud, cuyo extremo dejó en una silla al alcance de su mano. Luego Zoran se sentó en la contigua.

—Viajaremos en mi aeromóvil —dijo al cabo de unos momentos —. Hoy he ordenado le hagan una revisión a fondo y…

Zoran se interrumpió bruscamente. Kryna, intrigada, le vio que asía el cable con la mano derecha.

Casi en el mismo instante lo arrojó hacia la ventana próxima, que estaba abierta de par en par. Inmediatamente se vio brillar un vivísimo chispazo azulado, a la vez que se escuchaba un fuerte estallido, seguido de un espantoso grito. Zoran se levantó de un salto y corrió hacia la ventana, sacando medio cuerpo fuera para mirar hacia abajo. Kryna, estupefacta, no sabía qué hacer.

El joven se retiró al cabo de unos segundos.

—Ya está —dijo.

Fue a la pared y desconectó el cable.

—¿Qué es lo que está? —preguntó ella.

—El hombre. Ha muerto.

Kryna respingó.

—¿Un… muerto?

—Sí. Hace algunos minutos me di cuenta de que alguien nos miraba desde la ventana. En el primer momento no di importancia al hecho: a veces sucede que uno está cenando y un curioso mira por la ventana. Pero luego, demonios, me di cuenta de que vivo en un decimocuarto piso.

—Y el hombre estaba suspendido en el aire.

—Con una pistola en la mano.

Kryna se horrorizó al saber que había estado tan cerca de la muerte.

—Quería asesinarnos —dijo.

—Sí, aunque parece ser que buscaba la ocasión propicia. Compréndelo, tenía que disparar contra dos personas, pero no sabía si el superviviente podría defenderse y aguardaba la ocasión propicia para matarnos sin riesgos.

—Y tú…

—Preparé un cable; en realidad, lo tenía ya dispuesto, porque tal como están las cosas no se puede ser descuidado. En fin, conecté el cable a una toma de corriente y cuando vi que se disponía a atacar se lo arrojé y recibió una descarga eléctrica.

—Mortal de necesidad, claro.

—Probablemente, no; sólo le habría causado una fuerte sacudida

en circunstancias normales. Pero eso rompió su concentración mental, ¿comprendes?

Kryna hizo un gesto de asentimiento.

—Y por tanto dejó de mantenerse en el aire.

—Exactamente. ¿Quieres un poco más de sopa? Está riquísima —sonrió el joven.

Ella vaciló un instante. Luego se puso en pie.

—Un momento, por favor —solicitó.

Fue a la ventana, se asomó y miró hacia abajo. Al cabo de un minuto regresó a la mesa y volvió a sentarse.

—Hay un grupo de gente rodeando el cuerpo de un hombre tendido en el suelo —dijo.

—Pueden que nos pregunten, pero diremos que no sabemos nada, ¿verdad?

—No, no sabemos nada.

Kryna suspiró y sonrió.

—Un poco más de sopa por favor —añadió.

—Con mucho gusto —accedió él.

—Está deliciosa —elogió Kryna, después de algunas cucharadas —. ¿Lo has hecho tú?

—Oh, sí. Es una fórmula muy sencilla: se abre un bote, y ya está.

Kryna se echó a reír, pero el joven notó algo en su actitud.

—Estás nerviosa —dijo—. Relájate; nada de lo que hagas evitará lo que ya ha sucedido.

Ella se puso seria de repente y dejó la cuchara a un lado.

—No se puede evitar lo ocurrido, pero ¿podremos evitar lo que va a suceder?

—Indudablemente —respondió Zoran.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy.

—Admiro tu valor, Athor.

—Gracias, pero tú también eres una chica valerosa o no me acompañarías a la Antártida.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Me gustaría, desde luego.

—No pienses que lo hago por venganza, celos o despecho hacia Kharl. Lo hago, simplemente, para dormir tranquilamente en el futuro.

—Cuando regresemos de la Antártida podrás mirar el porvenir sin problemas, Kryna.

—Si acabamos con ellos...

—Al menos los dejaremos en condiciones de no hacer más daño a nadie...

—Suponiendo que no nos abandonen desnudos en un campo de hielo.

—No les permitiremos llegar a ese extremo, Kryna.

—Antes has eliminado un peligro, rompiendo la concentración mental del hombre que quería asesinarnos.

—Es la forma mejor de luchar contra los ultraseres.

—Pero allí no dispondrás de una fuente de energía, para conectar el cable que produzca la descarga eléctrica.

—Hay otros métodos —contestó él.

—¿Por ejemplo?

—No te lo digo, porque te vas a reír de mí.

—Anda, dímelo; te prometo que no me reiré.

—Bueno, es algo parecido a... Kryna, ¿qué pasa cuando tú estás profundamente concentrada en el estudio de un problema, o simplemente pensando en algo y una persona da una fuerte y chasqueante palmada a tus espaldas?

—Pues... me sobresalto, doy un respingo, naturalmente: un pequeño susto y... y pierdo la concentración o el hilo de mis pensamientos.

—Exacto, eso es lo que yo pienso hacer.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente.

—¿Vas a combatirles a palmadas? —exclamó.

—Algo parecido —contestó él.

—Creerán que les aplaudes —dijo Kryna enojada, por lo que estimaba una respuesta frívola del joven.

—Tú me aplaudirás cuando haya terminado con la amenaza de los ultraseres —dijo Zoran con tono que encerraba una total seguridad en el éxito de sus proyectos.

CAPÍTULO XI

El aeromóvil volaba sobre aquella inmensa extensión helada, cuya blancura llegaba a todas partes, sin que se advirtiera su final. Aunque gran parte del viaje había sido hecho mediante el programador de vuelo, en los últimos tramos del trayecto Zoran había recobrado los mandos y ahora guiaba el aparato hacia su destino.

En la pantalla del radar de observación apareció de pronto una figura con contornos bien definidos. Hacía poco que había amanecido y Zoran juzgó conveniente llamar a la muchacha.

El vehículo disponía de dos pequeños compartimentos y un cuarto de aseo. Podía dar la vuelta prácticamente al planeta sin necesidad de repostar, pero era un vehículo de placer y, por tanto, su velocidad resultaba un tanto limitada. Habían partido al atardecer de la víspera y ahora estaban llegando a su destino.

Aun así, todavía les faltaban unos doscientos kilómetros. Tardarían una media hora, porque Zoran había reducido la velocidad a un poco más de la mitad de la máxima. La altura, estaban a unos veinte mil metros, le había permitido captar en la pantalla los contornos del volcán que era su objetivo.

Zoran tocó una tecla del cuadro de mandos.

—Kryna, despierta; tenemos el Erebus en pantalla —dijo.

—Buenos días, Athor —contestó ella desde su cámara—. No pensé que madrugases tanto.

—Me levanté un poco pronto, eso es todo.

—Muy bien, estaré lista dentro de diez minutos.

—Cuando vengas, trae un poco de café, por favor.

—Sí, Athor.

Kryna llegó poco después, fresca y radiante, con una cinta en torno al pelo, que llevaba habitualmente suelto, y una bandeja en las manos.

—¿Cuál es la distancia, Athor?

—Noventa y siete kilómetros, exactamente. Altitud, diecinueve mil ochocientos metros.

—Perderás altura pronto, supongo.

—Enseguida.

Ella se sentó a su lado.

—Te diré una cosa, Athor, y es algo que me asombra a mí misma: he dormido como un tronco.

—No sabes cuánto lo celebro. Pasar una noche en vela le deja a uno enervado y sin fuerzas. Y lo mejor de todo es que ese sueño tranquilo significa que te has hecho a la situación.

—Estoy tranquila, porque sé que muy pronto va a terminar todo. Aunque no lo pasaremos bien, supongo.

—Peor lo pasarán ellos, Kryna.

—¿Tú crees?

—Cuando se enteren de la verdad...

Zoran apuró su café. Ella retiró la bandeja y volvió muy pronto a su sitio.

El aeromóvil descendía gradualmente, a una velocidad apenas superior a los doscientos kilómetros por hora. De pronto, Zoran señaló algo con la mano.

—Ahí está el Erebus. Una montaña que supera los cuatro mil metros y todavía en actividad —dijo.

Kryna contempló la silueta de aquel volcán que ardía en la zona más fría del planeta desde el principio de los tiempos. Una leve humareda se elevaba a lo alto de un cielo que, extrañamente, aparecía completamente despejado.

Sin embargo, al fondo se divisaba una línea más oscura, sobre el blanco cegador del horizonte.

—Se aproxima una ventisca —dijo Zoran—. El barómetro está muy bajo.

—Será terrible —murmuró ella.

—Con vientos de hasta doscientos kilómetros por hora y una temperatura de cuarenta o cincuenta bajo cero en la superficie.

—Nadie que se halle en el exterior podrá sobrevivir, Athor.

—Nosotros llevamos trajes térmicos, eso no debe preocuparte.

—Pero si hacen lo que tú dijiste...

—Es sólo una suposición, no lo tomes como un vaticinio absolutamente seguro.

—Espero que no hagan una cosa semejante. Pero, ¿dónde tienen su guarida? ¿Estarán en algún barracón?

El aparato había descendido ya hasta situarse a unos tres mil metros del suelo. De pronto Zoran hizo un gesto.

—Ahí lo tienes —exclamó—. Ellos mismos nos indican el lugar en que nos están aguardando.

Estupefacta, Kryna vio la enorme flecha de color anaranjado que

alguien había pintado sobre la nieve, y cuya punta se hallaba a pocos metros de un acantilado de hielo, situado a unos veinte kilómetros de la falda del Erebus.

—Es una indicación que no podemos desconocer —dijo.

El aparato se posó al fin sobre el hielo. Zoran se puso en pie.

—Vamos a equiparnos —dijo.

La distancia al escarpado de hielo era de un centenar de metros aproximadamente. Desde el exterior todo parecía normal, pero Zoran supuso que, en alguna parte, había una abertura que permitía la entrada al lugar secreto donde se fabricaban los ultraseres.

Un cuarto de hora más tarde, vestidos con trajes muy livianos pero capaces de proteger de las más bajas temperaturas, salieron al exterior. El traje disponía de una especie de casco como el de los astronautas, aunque menos complicado y de peso muy inferior. El traje disponía también de un sistema de calefacción del aire necesario para la respiración, a fin de evitar que penetrase en los pulmones con la baja temperatura exterior.

El casco tenía en la parte delantera una amplia mirilla transparente, de color ahumado, a fin de evitar los daños causados por el excesivo resplandor de hielo. Asimismo disponía de un transmisor y receptor de radio, que permitía una conversación normal sin problemas.

Una racha de aire sopló súbitamente. El aullido del viento se perdió a lo lejos.

—Ya se acerca la ventisca —dijo Kryna.

—Empezará muy pronto —contestó él.

Zoran buscó la mano de la muchacha.

—Kryna, sospecho que vamos a encontrarnos aquí con Kharl —dijo.

—Sí, yo también pienso lo mismo.

—Procura ser valerosa. Mantente firme.

—No te preocupes por mí, Athor.

Siguieron avanzando. Momentos después se detenían ante la base del acantilado de hielo, cuyo borde superior se alzaba a unos ciento veinte metros sus cabezas.

—¿Tendremos que llamar a la puerta? —preguntó Kryna, con una punta de ironía.

—No es necesario —dijo Athor.

Ella contuvo una exclamación. Delante de los dos, un trozo de la pared de hielo se fragmentaba en infinidad de minúsculos trozos, que caían al suelo con el ruido semejante a una lluvia de granizo muy intensa.

Evidentemente, pensó Zoran, había algún mecanismo que causaba la rotura de la capa de hielo, la que, apreció segundos más tarde, protegía la puerta de metal que permitía la entrada al lugar secreto donde ciertas personas adquirían facultades jamás soñadas.

Cuando todo el hielo estuvo roto, la puerta de metal se deslizó a un lado. Alguien, a través de un altavoz, dijo:

—Les estábamos aguardando, señor Zoran, doctora Shi-ho. Tengan la bondad de pasar, por favor.

Ella se apretó instintivamente contra el joven. Zoran, sin embargo, se mantuvo inmóvil unos segundos.

—No conozco esa voz —dijo al cabo—. Pero habrá de permitirme una frase clásica, remedo de otra pronunciada hace casi doscientos años. El doctor Morbhiss, supongo.

Kryna contuvo a duras penas un grito de asombro. La misma voz respondió:

—Sí, soy el doctor Morbhiss.

Zoran y la joven franquearon el umbral. La puerta de metal se cerró a sus espaldas. Ambos contemplaron estupefactos el increíble espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Era una enorme caverna, excavada en el hielo, pero forrada interiormente de algún metal que, además, estaba recubierto de plástico, lo que formaba así una segunda capa aislante de millones de toneladas de materia congelada que gravitaban sobre sus cabezas. Evidentemente, se trataba de una obra realizada mucho tiempo antes, con vistas a la ejecución de unos proyectos que ninguno de los dos conocía en todo su alcance.

Dos hombres, vestidos con ropas corrientes, acudieron a recibirles.

—El doctor Morbhiss les aguardaba en su gabinete de trabajo —dijo uno de ellos—. Pueden quitarse los trajes sin ningún temor.

—La verdad es que estoy muerto de miedo —confesó Zoran al oído de la joven.

Se despojaron de los trajes térmicos en un cubículo excavado en el hielo, pero vigilados por los dos guardias. De pronto, Zoran se

volvió hacia uno de ellos.

—¿También ustedes tienen ultramente? —inquirió.

El hombre emitió una sonrisa que evidenciaba complacencia.

—¿No le agradaría a usted poseer tan extraordinarias facultades?

—No, y voy a demostrárselo inmediatamente —contestó el joven —. Por favor, levántese aunque sólo sea un par de palmos del suelo.

El guardia obedeció. Entonces, Zoran levantó la pierna derecha y golpeó las del vigilante, pero por detrás, haciéndole perder el equilibrio bruscamente, lo que provocó su caída casi de espaldas. El otro no se pudo contener y soltó una estruendosa carcajada.

—Un golpe muy bueno —dijo.

Su compañero se levantó no precisamente de buen humor.

—A diez metros de altura usted no podría haberme hecho esa jugarreta —rezongó.

—De todos modos, no me gustaría llegar a su estado actual. Y puede que se lo demuestre dentro de muy pocos minutos —Zoran se volvió hacia la muchacha—. ¿Estás lista, Kryna?

—Sí, Athor, cuando quieras.

Antes de salir, Zoran se encaró con los guardias.

—Les voy a dar un consejo, amigos: antes de que sea demasiado tarde, procuren convertirse de nuevo en seres corrientes. No vivirán mucho si continúan con sus actuales facultades.

—Está loco —refunfuñó el guardia que había sufrido la caída—. No, mejor dicho: muerto de envidia.

—Nunca puedo envidiar a un hombre que tiene los días contados —respondió Zoran con todo desparpajo—. Vamos, llévennos a presencia del doctor Morbhiss.

Zoran se percató de que sus palabras habían hecho mella en el otro vigilante. Era algo que debería tener en cuenta en un momento crítico, se dijo.

Apenas un minuto más tarde, fueron introducidas en una amplia estancia, en la cual se hallaban tres personas. Kryna se estremeció al ver a su antiguo prometido.

—Me traicionaste, Kharl —dijo, dolida.

El hombre hizo un movimiento de indiferencia. Nikki Horuban sonrió de una manera especial.

—Athor, has dejado de constituir una molestia para nosotros —manifestó.

—¿Tú crees? —contestó Zoran con aire indiferente.

—Has llegado a nuestro escondite.

—Guiado a una trampa por alguien que cumplía vuestras órdenes, llamado Simón Lurdell, ¿verdad?

—... y ya no saldrás vivo de aquí —concluyó Nikki su frase con un acento que puso escalofríos en la espalda de la muchacha.

—Eso es algo que todavía está por ver —replicó Zoran.

—Eliminaste al hombre que te iba a matar, pero ahora no dispones de un cable conectado a la corriente eléctrica.

—No, no tengo ese cable, pero dispongo de algo mejor, Nikki.

—¿De veras? —se burló ella.

Zoran se tocó la frente con un dedo.

—Tengo esto, mi cerebro —dijo.

—Una minucia comparado con los nuestros; el cerebro de un mosquito al lado del de un elefante.

—El mosquito vuela. El elefante no puede despegarse del suelo.

—¿Puedes tú acaso?

—No en la forma que tú te imaginas, de una manera real, como vosotros, pero puedo volar infinitamente más lejos, más alto...

De pronto, el hombre que estaba sentado tras una gran mesa de despacho dio un puñetazo y lanzó una colérica exclamación:

—¿Por qué no dejan de discutir estúpidamente? —barbotó—. ¿Es que yo no pinto nada aquí? Siendo el autor de la invención más maravillosa que jamás se ha conocido, ¿no significo nada para ustedes dos, señor Zoran, doctora Shi-ho?

Sin inmutarse, Zoran volvió la vista hacia el sujeto monstruosamente gordo que estaba sentado entre Nikki y Kharl, y contestó:

—Usted no significa nada para mí, doctor Morbhiss, porque ya no es más que un cadáver.

CAPÍTULO XII

El doctor Morbhiss se sorprendió primero de lo que consideraba una audaz respuesta del joven, pero luego se echó a reír.

—¿Has oído, Nikki? En tu opinión, ¿cuál de las dos es el

cadáver?

—La respuesta es bien sencilla —dijo Nikki.

Kryna adelantó un paso.

—¿Cómo piensan matarnos? —preguntó.

—Les abandonaremos fuera, en el campo de hielo, sin ropas. Morirán en pocos minutos. Primero sentirán un tremendo frío, es natural; pero luego, y antes de perder el conocimiento para siempre, percibirán una agradable sensación de sueño que incluso les hará sonreír —contestó el doctor Morbhiss—. Dicen que los que mueren de frío mueren riendo. Nosotros lo comprobaremos hoy mismo, doctora.

—Eso es algo que todavía está por ver —dijo Zoran—. Doctor Morbhiss, usted simuló su muerte, si no me engaño.

—Quería seguridad. Había un periodista muy entrometido, que había conseguido ciertos datos de importancia, y tuve que eliminarle antes de que publicase nada. Pero temí que me descubriesen y por ello simulé mi asesinato —explicó el interpelado.

—Con la ayuda de la señora Horuban, su amante.

—Ella me ayudó, en efecto, pero fue porque yo la había ayudado a adquirir unos poderes como jamás nadie pudo soñar: la levitación, la facultad de desplazarse por la sola fuerza de la mente… Todo eso lo he conseguido yo y lo enseñé a unos pocos elegidos, que algún día serán más, no lo ponga en duda, señor Zoran.

El joven se volvió hacia Nikki.

—Te acusaron del crimen, pero no te encontraron.

—Luego me exculparon —dijo ella.

—Sí, ya lo veo. Doctor Morbhiss, ¿cómo consigue usted convertir en ultraser a una persona normal?

—Es bien sencillo; claro, una vez que se conoce el procedimiento. Primero hay que estudiar a la persona en cuestión y luego, por métodos que yo sólo conozco, desarrollar las facultades de su mente, si es un sujeto apto para ello.

—¿Y nada más? —se asombró Kryna.

—Ya está dicho todo —respondió Morbhiss.

—No, no está dicho todo —contradijo Zoran.

Las cejas de Morbhiss se alzaron, inquisitivamente.

—¿Qué falta, por favor?

—Doctor, no basta una especie de cursillo intensivo de desarrollo

de la mente para que un hombre o una mujer se conviertan en ultraseres, capaces de volar por sus propios medios a cualquier parte del globo. Hay algo más y usted, que es el descubridor del procedimiento, lo sabe perfectamente. Y también lo saben su sobrino y la señora Horuban —dijo el joven de una tirada.

—Bueno —admitió Morbhiss de no muy buena gana—, es cierto que hay algo más… y todos los sujetos que aceptan mis proposiciones lo saben.

—Pero ninguno divulga el secreto —intervino Nikki.

—Si yo fuese un ultraser, también callaría —sonrió Zoran—. ¿Quiere decirlo de una vez, doctor?

—Es una droga que estimula el desarrollo de la mente, pero sólo en el sujeto susceptible de conversión en ultraser. La descubrí yo, naturalmente y la elaboro personalmente, aunque ya estoy entrenando a Kharl para que se ocupe de ese aspecto de la cuestión.

—Es un procedimiento algo complicado, pero acabaré de dominarlo —dijo el aludido, muy ufano.

—Bueno, pero, ¿cómo se llama ese brebaje?

Morbhiss se encrespó.

—¡Llama brebaje a una sustancia que concede poderes poco menos que ilimitados a las personas! —exclamó indignadamente—. No es un brebaje, sino una composición… Pero bueno, ¿por qué se lo voy a explicar a usted? —añadió despreciativo—. Sería tanto como echar margaritas a los puercos. Señor Zoran, lo único que debe conocer es su nombre: la «ultraneuryne». Las neuronas son las células del cerebro, como usted no ignora.

—Un nombre muy apropiado —convino el joven—. Y, ¿cómo se aplica ese mejunje?

—Seré tolerante con usted porque ya le quedan pocos minutos de vida —rezongó Morbhiss—. Una inyección cada semana es más que suficiente. ¿Satisfecho, señor curioso?

—No del todo —dijo Zoran sin inmutarse—. Aún tiene que decirme por qué su método falla en algunos casos: por ejemplo, en el caso de Jory Darklan, el amante de la señora Roff, quien escapaba volando de las iras del marido y cayó al suelo matándose. Otro caso que yo conozco también es el de un tal Teyld Brahe, ladrón de joyas…

Morbhiss se agitó incómodo en el asiento. Kryna comprendió que

el tema no le gustaba.

Hubo un intervalo de silencio, durante el cual, ninguno de los presentes despegó los labios.

—En todo procedimiento científico se producen fallos inexplicables —dijo Morbhiss al cabo—. No pude investigar esos dos casos, aunque me imagino que se trataba de sujetos mal elegidos. Pero, que yo sepa, no se han producido otros fracasos, salvo el del tipo al que usted derribó con una descarga eléctrica: cosa natural, porque le hizo perder la concentración.

—Bien, doctor —sonrió Zoran—, daré por buena su explicación, pero, ahora, dígame qué pretendía al crear los ultraseres. ¿Acaso quería convertirse en el fundador de una nueva raza?

—La mente lo es todo. Sin la mente el hombre no es más que un animal. Pero, sin dejar de aprovechar las utilidades que le proporciona su cuerpo, el hombre puede llegar a ser un dios, un ser infinitamente superior a todos los demás. Mi método es una especie de escalera que lleva al infinito, que conduce a lugares que los seres ordinarios no alcanzarán jamás.

—Y usted se aprovechará de ese invento, convirtiéndose en el ser más poderoso de todos los ultraseres, para dominarlos a ellos, que dominarán a los demás, ¿no es cierto?

—Si están conformes, ¿por qué no? —respondió Morbhiss cínicamente.

—Estamos de acuerdo con sus proyectos —intervino Nikki.

Zoran volvió los ojos hacia ella.

—Estás más llenita en los últimos tiempos —sonrió.

—He ganado algo de peso, pero no es cosa de importancia.

—Kryna, ¿no encuentras a tu prometido con algunos kilos de más? —preguntó a la muchacha.

—Pues, sí... —contestó Kryna, un tanto vacilante.

—Eso no tiene nada que ver con nuestro asunto —dijo Morbhiss de mal humor—. Yo también he engordado, pero es porque en los últimos tiempos he hecho mucha vida sedentaria. Apenas me he movido, mejorando la «ultraneuryne»...

—No, doctor —contradijo Zoran—. Usted no ha engordado como consecuencia de una vida sedentaria y, naturalmente, también buenas y apetitosas comidas. En primer lugar, es preciso tener en cuenta que un ultraser está constantemente en tensión mental,

aunque se pase días y días sin hacer uso de sus portentosas facultades. Usted está sometido a esa tensión mental desde hace más tiempo que ninguno y también se ha aplicado la «ultraneuryne» antes que nadie. Pero esa droga crea hábito, y no porque sea perniciosa en el aspecto clásico de las drogas estupefacientes, sino porque el que se ha convertido en un ultraser ya no quiere dejar de serlo y sigue aplicándose ese maldito brebaje una y otra vez, y la tensión aumenta y aumenta... y entonces pasa como cuando hay demasiada agua embalsada en una presa.

—La presa revienta —dijo Nikki burlonamente.

—Así es —contestó el joven con frialdad.

—Pero yo no soy una presa con demasiada agua —dijo Morbhiss.

—Lo es, doctor. Y todos los demás, tarde o temprano, seguirán su destino, esto es: reventar.

Morbhiss soltó una estridente carcajada.

—¿Habéis oído? —se dirigió a los otros dos—. ¡Dice que voy a reventar! Gracioso, ¿verdad?

De repente, Kryna observó algo que le hizo sentir verdadero pánico. Notó la mano del joven en la suya y se dio cuenta de que Zoran tiraba de ella.

Nikki y Kharl dejaron de reír. Morbhiss, sin embargo, continuaba emitiendo estridentes carcajadas.

Ninguno de los dos se percató de que Zoran y la muchacha retrocedían prudentemente hacia la puerta. Nikki y Kharl tenían los ojos morbosamente fijos en el doctor, que, ya obeso de por sí, estaba hinchándose monstruosamente como un globo al que se aplicase una excesiva presión de aire.

Zoran ganó la puerta y se abrió. De repente se oyó un horripilante alarido.

—¡Me duele todo! No puedo soportar este dolor...

Zoran abrió la puerta y salió fuera. Antes de cerrar lanzó una última mirada al interior de la instancia.

Morbhiss ofrecía un aspecto verdaderamente espantoso. Era un globo de carne de casi tres metros de diámetro, del que sobresalían una cabeza, también enormemente dilatada, y las cuatro extremidades, cada una de las cuales tenía casi un metro de grosor.

Zoran cerró una fracción de segundo antes de que se oyera una especie de explosión. Kryna se imaginó lo que había pasado en la

habitación y sintió náuseas, pero el joven tiró de ella implacablemente.

—Vamos, tenemos que ponernos los trajes y escapar de aquí antes de que sea tarde.

Kryna se dejó llevar sin oponer resistencia. En el interior del lugar parecía haberse producido una enorme confusión.

Zoran alcanzó el cuarto donde se habían quitado los trajes y empezó a equiparse apresuradamente. Fuera sonaban gritos de alarma.

—¡No les dejen escapar! —aulló Kharl.

El joven se quitó un grueso cinturón que había llevado sobre las ropas ordinarias. Luego terminó de ponerse el traje térmico, pero quedó con el casco en una mano, aguardando a que Kryna hubiese terminado de equiparse.

—Estoy lista también —dijo ella pocos momentos más tarde.

—Bien, vamos, no perdamos más tiempo.

Salieron al corredor. Entonces, a unos veinte metros de distancia, vieron a Kharl y a Nikki que salían también, cubiertos de sangre de pies a cabeza.

—Dios mío, es horrible —murmuró Kryna.

—¡No les permitan escapar! —aulló Kharl.

Un par de guardias volaron literalmente hacia ellos. Entonces Zoran tiró de un saliente de su cinturón y lo arrojó hacia adelante.

El cinturón contenía simples petardos de feria, que empezaron a estallar fragorosamente. Los guardias, perdida la concentración, rodaron por el suelo.

De pronto alguien salió a su encuentro.

—Vengan, les ayudaré a salir de este infierno.

Zoran se volvió. Era uno de los dos vigilantes que les habían recibido a la llegada.

—Lo he oído todo —manifestó el sujeto—. El doctor Morbhiss tenía instalada una cámara en su despacho y nos dio orden de que vigilásemos la entrevista, por si ustedes trataban de jugarle una mala pasada.

Los petardos continuaban explotando. Nikki y Kharl, asustados, se habían escondido nuevamente.

Corrieron los tres hacia la salida. El vigilante dijo:

—Vi al doctor explotar como una bomba. Fue algo horripilante,

nauseabundo; sangre por todas partes, piltrafas de carne, huesos pulverizados… Creo que jamás se me borrará ese espectáculo de la mente.

—Amigo, lo que tiene que hacer es no inyectarse más esa maldita droga —dijo Zoran—. Así evitará usted convertirse en lo que acaba de decir: una bomba humana.

Momentos después llegaron a la puerta. El guardia manejó el mecanismo de apertura.

—Pónganse los cascos —aconsejó.

El fragor de los petardos había cesado ya. De repente entró un chorro de aire helado por la abertura que se estaba produciendo al deslizarse la puerta sobre sus rieles.

En el mismo instante alguien disparó una pistola. La bala alcanzó determinado punto y empezaron a saltar chispazos de un pequeño cuadro de mandos.

El movimiento de la puerta cesó, cuando ya había cubierto tres cuartas partes de su recorrido. Un ululante golpe de aire penetró por el hueco.

La temperatura interior bajó instantáneamente. Agachados, luchando contra la fuerza del viento, Zoran, Kryna y el guardia buscaron el aeromóvil, apenas visible ya entre los billones de copos de nieve que caían de las alturas.

El frío penetró en la guarida donde se fabricaban los ultraseres. Zoran pensó que nadie sobreviviría en condiciones desfavorables.

—Pero quizá escapen en algún vehículo… —apuntó Kryna.

—No —contradijo el vigilante—. Todos vinimos aquí volando, sin aeromóviles. Nadie escapará de ese infierno de hielo.

—¿Se sabe quién hizo el disparo que destruyó el mecanismo de la puerta? —preguntó Zoran.

—Creo que fue el sobrino del doctor, pero no estoy seguro…

—En todo caso, ya importa muy poco —suspiró el joven—. Bien, amigo mío, supongo que después de lo que ha visto, usted ya no tendrá intenciones de seguir siendo un ultraser.

—No, a partir de este momento tendré siempre los pies bien asentados en el suelo —rió el guardia.

—Lo peor de todo son los que aún quedan fuera —dijo Kryna, con acento de preocupación.

—Pronto volverán a ser normales. La «ultraneuryne» se fabricaba

en el laboratorio que hay bajo el hielo y sólo el doctor Morbhiss conocía la fórmula.

—Eso me tranquiliza —dijo Zoran, muy aliviado—. A partir de ahora, dejaremos de estar bajo la amenaza de los ultraseres.

—Se han quedado sin su escalera —sonrió Kryna.

—Esa escalera no conducía al infinito, como decía Morbhiss, sino al mismísimo infierno —contestó el joven sentenciosamente.

* * *

Entró en el apartamento y tiró sobre el diván la cartera de mano que había traído consigo. Una voz femenina sonó en el interior de la casa:

—¡Athor!

—Sí, cariño —respondió el joven.

De pronto vio un libro encima de una consola. Lleno de curiosidad, se acercó para ver su título.

El libro estaba boca abajo y le dio la vuelta. Apenas conoció su contenido, rompió a reír.

Kryna apareció en el umbral de la puerta, con un delantal puesto sobre su cuerpo.

—¿Te gusta el título? —preguntó.

Zoran sonrió.

—Es un libro muy interesante —respondió.

—Necesitaba leerlo. Siempre es útil tener en casa un libro de recetas de cocina —contestó ella con ojos chispeantes.

—Yo he traído otro libro también muy interesante: Manual del granjero —dijo Zoran.

Se acercó a la muchacha y le quitó el delantal.

—Ah, olvidaba decírtelo: han arrestado al falso doctor Salmkton.

—¿Importa eso mucho ahora? —contestó ella, mimosa.

—Pues... no, creo que importa mucho más empezar a estudiar el Manual del granjero, porque mañana tendré los documentos de propiedad...

—Cariño, ¿qué dice el Manual del recién casado?

Zoran sonrió. El apartamento era de dos plantas y había al fondo una escalera que conducía a la superior.

Inclinándose ligeramente, levantó a la joven en brazos.

—Ese libro no existe, se aprende en la práctica —contestó.

Kryna rodeó su cuello con los brazos.

—Creo que se me va a quemar la comida —suspiró.

—Abriremos un par de latas —rió él.

Zoran puso el pie en el primer peldaño.

—Nosotros nos contentamos con una escalera mucho más corta que la que pretendía construir Morbhiss, ¿no es cierto?

—Así es —contestó Kryna.

—No necesitamos convertirnos en unos ultraseres: nos basta con ser personas corrientes —dijo el joven.

—Es más que suficiente, Athor —suspiró ella.

F I N

[1] Debiera decir “cama”. (N. del R.)